



un castillo con vampiro

keith luger



UN CASTILLO CON VAMPIRO

PR N.º 378

Autor: Keith Luger

UUID: a21d31e2-1010-4107-b9fa-4fd329107983

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

BILL LESSER había querido ver el lugar donde habían matado al presidente Kennedy.

Ya que se encontraba en Dallas, habría sido imperdonable que no echase un vistazo al sitio exacto donde se había producido el magnicidio.

Estaba llegando al edificio desde donde supuestamente se hicieron los disparos contra el primer magistrado de Estados Unidos, en noviembre de 1963, cuando oyó ruido en un callejón.

Parecía una pelea.

Escuchó los chasquidos inconfundibles de los puñetazos y luego una voz:

—¡Malditos, sois tres contra uno!

Eso no le gustó a Bill.

Había cumplido recientemente los treinta y cinco años, y era alto, fornido y hacía tiempo que no tenía una pelea. Como dos días.

Echó a correr por el callejón.

Al fondo, a la luz escasa de una bombilla, vio al grupo.

Efectivamente, tres hombres trataban de zurrar a otro y lo tenían acorralado.

El que estaba en inferioridad ya no podía con su alma. Echaba sangre por la boca y por las narices.

Uno de los agresores balanceó un tubo de cañería.

—Ahora recibirás el golpe de gracia, compañero.

Nunca llegó a dar el golpe de gracia porque Bill le soltó un puñetazo en la nuca.

El de la tubería de plomo salió disparado y chocó la cabeza

contra la pared. Luego cayó como un fardo.

Los otros dos agresores se volvieron. Eran tan grandes como Bill, y uno de ellos sonrió por la boca y dijo:

—¿Qué vienes a hacer aquí, muñeco?

—No me gusta que se abuse de nadie.

—Ah, ¿sí? Conque un entrometido. Esta vez te vamos a quitar las ganas de interrumpir un honrado trabajo.

—Ya tardáis, puercos —dijo Bill, levantando dos puños como sandías.

Los dos enemigos le atacaron al mismo tiempo.

Bill le cascó a uno en la mandíbula y al otro en el estómago.

Los dos cayeron.

El que había recibido el golpe en el mentón escupió algo que se le había soltado de la boca. Dos dientes.

—¡Me mellaste, cerdo...! ¡Me mellaste!

Se levantó y echó a correr hacia Bill. Éste lo detuvo con un golpe seco en el plexo solar. La cara del mellado se puso verde porque estaba tratando de llevar aire a sus pulmones. Bill le metió el puño en las narices. Y mientras el tipo se derrumbaba, le dijo:

—Te dejé chato, mellado.

El tercer hombre había quedado solo y ya no quiso pelea. Echó a correr por el fondo del callejón. El mellado y chato y el de la tubería de plomo también le dieron a las piernas, desapareciendo de allí en pocos instantes.

Bill se echó a reír.

—Parece que vayan a ganar la carrera de los mil quinientos metros.

Volvió los ojos hacia el hombre que estaba siendo vapuleado por los tres fulanos.

Frisaba los cincuenta años y estaba casi calvo, con grandes bolsas bajo los ojos, la barba crecida, y se cubría con un abrigo raído.

—¿Se encuentra mejor, compañero?

—No lo puedo creer.

—¿Qué cosa?

—Lo que usted ha hecho. Ganó a los tres.

Bill se miró la punta de los zapatos con modestia.

—No fue nada importante. Una vez gané a seis.

—No me diga.

—Y tenía una muñeca fracturada. Tuve que ir al hospital. ¿Y sabe lo más gracioso? Cuatro de ellos estaban allí conmigo para ser escayolados.

—Dios mío, usted es muy fuerte, señor...

—Lesser, Bill Lesser. ¿Por qué era la pelea?

—Por los dados.

—¿Por los dados?

—Les gané diez dólares. Tuve una buena racha. Quisieron quitarme las ganancias y el dinero.

—Hay gentuza por todas partes, sobre todo en Dallas. Ya sabe usted, ésta es la ciudad donde liquidaron a un presidente, y si liquidaron a un presidente, son capaces de liquidar a un jugador en su buena racha.

—Habla usted con mucha sensatez, señor Lesser. ¿Acepta un trago?

—Desde luego.

—Hay aquí un bar cercano.

—Creí que le habían quitado su dinero.

—Se lo llevaron todo, menos un billete de a cinco dólares que guardo en el zapato.

Aquel hombre cogió a Bill del brazo y los dos juntos fueron a un bar llamado Carolina, que estaba lleno de un público chillón, mujeres de vida fácil y tipos con aspecto de vagabundos.

—No hay sitio —dijo el del abrigo raído, viendo que la barra estaba llena de clientes.

—No se preocupe por eso. Lo arreglo yo. —Bill dio un manotazo a la izquierda y otro a la derecha y apartó a seis hombres y a dos mujeres.

—Ya tenemos hueco, señor... A propósito, todavía no me dijo su nombre.

—Llámeme Orson... Dos *whiskys*, muchacho —dijo al tipo que se acercó por el otro lado de la barra.

Bebieron el *whisky* y Orson sonrió a Lesser.

—¿En qué se ocupa, además de ayudar al prójimo a salir de un apuro, Bill?

—Soy gerente de una sociedad anónima.

Orson se quedó, con la boca abierta al oír aquellas palabras.

—¿De veras? —acertó a decir.

—Sí, señor, y es una sociedad importante.

—¿Cómo se llama?

—Pesque Usted en Grande.

—Le preguntaba por el nombre de la sociedad.

—Y yo se lo he dicho. Se llama Pesque Usted en Grande, S. A.

—¿Y qué objeto tiene esa sociedad?

—Es la mar de sencillo. Que los pescadores pesquen más. Verá: vendemos una sustancia que se llama «Chupetina».

—¿«Chupetina»?

—Unta usted el cebo con «Chupetina» y los peces se tiran como locos a morder.

—Qué interesante.

—¿Pesca usted, señor Orson?

—Antes lo hice, pero ahora estoy retirado.

—Entonces le daré un tubo de «Chupetina» para cuando decida pescar otra vez.

Bill sacó del bolsillo un tubo alargado y se lo entregó a Orson. Éste leyó el papel que tenía adherido el tubo. «Con la Chupetina puede pescar hasta una ballena».

—Es usted muy amable conmigo, señor Lesser. ¿Y cuántos miembros tiene su sociedad?

—Dos.

—¿Sólo dos?

—Mi amigo Joe y yo. Él es el presidente del consejo de administración. Un tipo grande, señor Orson. El mejor vendedor del mundo.

—Ah, ¿sí?

—Una vez vendió el Pentágono.

—¿El Pentágono? ¿Se refiere a ese lugar de Washington donde se reúnen los generales y los almirantes?

—Sí, señor Orson.

—¿Y a quién le vendió el Pentágono su amigo Joe?

—¿A quién iba a ser? A los rusos.

—Oh, sí —dijo Orson, como si coincidiese en que eso era lo más natural.

—¿Sabe usted, señor Orson? Durante los veinte días que duró el lío, no hubo ninguna guerra. Hasta se suspendió la del Vietnam. Un

ruso se presentó con los papeles de Joe diciendo que el Pentágono era suyo y se armó la de no te menees.

—¿Y cuánto les cobró su amigo Joe a los rusos?

—Barato, muy barato. Veinticinco mil dólares al contado y el resto en cómodos plazos. Bueno, el resto eran dos millones.

—¿Y qué hicieron con su amigo Joe cuando se descubrió el pastel?

—Hubo división de opiniones. Unos querían colgarlo, otros, fusilarlo. Pero hubo un general que lo propuso para presidente de Estados Unidos. Bueno, el general estaba decidido a pegar un asalto a la Casa Blanca, pero mi amigo Joe no quiso aceptar porque él es demócrata. Le dijo al general que sólo llegaría a la Casa Blanca por el naufragio universal.

—Sufragio.

—¿Cómo?

—Que no es naufragio, sino sufragio.

—No, es usted el que se equivoca. Mi amigo Joe se refería a una catástrofe porque a él no le interesa ser presidente, a menos que se liasen a zambombazos atómicos y acabasen con todos los políticos. Entonces estaba dispuesto a aceptar el sacrificio de dormir en la Casa Blanca.

—Oiga, si su amigo Joe fue capaz de vender el Pentágono, debe ser un tipo muy grande.

—Lo es y llegaría muy lejos. —Bill se puso muy triste—. Pero tiene un defecto.

—¿Es cojo?

—No.

—¿Manco?

—No, señor Orson, no me refería a esa clase de defecto. Se trata de las mujeres. Imagínese que ahora no sé dónde está. Puede encontrarse con la rubia dueña del hotel donde nos hospedamos, con la pelirroja que nos sirvió en el restaurante o con la cajera morena a la que pagamos cuando hicimos la última comida. Y eso fue ayer.

—¿Desde ayer no ve a su amigo?

—No, señor Orson.

Orson carraspeó.

—Señor Lesser. Me tengo que marchar.

—Celebro haberle conocido.

—Pero no quiero irme sin corresponder al gran favor que me hizo.

—Olvídelo.

—No, eso es algo que no podré olvidar. —Orson sacó un gran sobre del bolsillo del abrigo—. Quiero venderle esto.

—No me diga que se trata de una mina de oro y que me vende el mapa por un dólar. Ese truco también lo utilizó Joe con doce banqueros. Y los doce picaron.

—Oh, no, señor Lesser. No se trata de una mina de oro, sino de un castillo.

—Perdone, señor Orson, pero esta temporada no compramos castillos.

—Le pondré un precio muy razonable.

—¿A qué llama usted razonable? No diga más de tres dólares porque es lo que llevo en el bolsillo. Aunque también llevo acciones.

—¿Se refiere a acciones de la sociedad Pesque Usted en Grande?

—Sí, señor.

—¿Y cuánto es el valor nominal de cada acción?

—Quinientos dólares.

—¿Cuántas acciones lleva ahí?

—Diez.

—Trato hecho.

—¿Qué quiere decir, señor Orson?

—Que le acepto las diez acciones de su sociedad como precio de compra de mi castillo.

Bill se humedeció los labios con la lengua.

—Oiga, señor Orson, si fuese usted otra clase de persona, ya estaría timado. Nuestras acciones no se cotizan en ninguna parte. Y esta misma mañana las he ofrecido a dólar por docena. No vendí ninguna. Pero Joe es genial. Vende muchas, ¿sabe?

—Insisto en que quiero sus diez acciones y le agradezco su explicación. Significa que es usted honrado, justo la persona que debe disfrutar de un castillo como el mío.

—Oiga, señor Orson, nunca podremos tomar posesión de ese castillo. Joe y yo no podemos hacer un viaje a Europa para meternos en un mamotreto como el suyo. Pasaríamos mucha

hambre.

—Mi castillo no está en Europa.

—¿No?

—Está en Hollywood.

—¿Se refiere a Hollywood, California?

—Eso es. La Meca del Cine.

Orson sacó un bolígrafo. Extendió la escritura que sacó del sobre en el mostrador, firmó a la derecha y rellenó la parte en la que se estipulaba el precio.

—Firme aquí, Bill.

Lesser titubeó unos instantes, pero luego firmó.

—Deme las acciones —le recordó Orson.

Bill sacó sus papeles impresos y se los entregó a Orson.

—Le deseo buena salud para disfrutar de mi castillo, señor Lesser. Hasta la vista.

—Eh, espere un momento.

Pero Orson no esperó. Siguió andando muy aprisa y salió del bar.

Bill se rascó la cabeza y se puso a leer lo que había firmado. Demonios, efectivamente, era una escritura de compra-venta. El castillo se ubicaba tan sólo a un par de millas de los estudios de la Metro.

—Ponga otro *whisky*, amigo —le dijo al barman.

Bebió aquel vaso y tuvo que pagar todos los *whiskys* porque Orson había olvidado pagar los dos primeros.

Olvidó su curiosidad por ver el lugar donde habían matado al presidente Kennedy y se dirigió al hotel.

La rubia dueña estaba dormitando en el registro, pero despertó al oírlo entrar.

—Ah, es usted —dijo ella.

—Sí, señorita Holmes. Soy yo. ¿Dónde está Joe?

—Hace un momento subió los peldaños de esa escalera de tres en tres.

Bill le dio las gracias y subió también por la escalera porque el ascensor estaba estropeado.

Abrió la puerta del cuarto número 42.

Su amigo Joe estaba haciendo gimnasia en paños menores.

Joe tenía veintiocho años y era alto, moreno, rostro de facciones

simpáticas, musculoso, aunque no tan fuerte como Bill.

—Hola, Bill, ¿dónde te metiste?

—Traté de vivir un día sin ti y, como siempre, me resultó difícil.

Joe se frotó las manos.

—Bueno, ahora estamos juntos y empezaremos las grandes operaciones enseguida. Mientras descansaba, tuve una idea luminosa, la más grande que se me ha ocurrido hasta ahora, Bill. Compraremos rifles con lente telescópica.

—Ya entiendo. Seremos contrabandistas de armas. Demonios, ése es un negocio en grande. Leí que todo el mundo se quiere pegar tiros. Caramba, Joe, ¿cómo no se te ocurrió antes?

—No fue eso lo que se me ocurrió. No me dejaste terminar.

—¿De qué se trata entonces? ¿Para qué quieres los rifles con lente telescópica?

—Bill, ¿es que no te das cuenta dónde estamos?

—En un hotel.

—¿Y en qué ciudad?

—Dallas.

—Pues ya lo tienes. Nuestro rifle con lente telescópica será el arma con la que se mató al presidente. Los venderemos por centenares, por miles. Ya tengo el texto del impreso: «Compre el rifle con el que se asesinó a un presidente. Un arma de valor incalculable que la Sociedad Recuerdos de Antaño le ofrece por el ridículo precio de ciento cincuenta dólares y que tan sólo en unos años podrá usted vender por MILES».

—Eh, Joe, ¿no tienen ya ese rifle en algún sitio?

—Claro, lo tienen los del FBI, pero es una minucia a la que nadie prestará atención.

—Oye, ¿cuánto vale un rifle con lente telescópica?

—Buscaremos un fabricante que nos lo haga por veinticinco dólares la unidad. Naturalmente, el rifle no servirá ni para cazar gorriones, pero nosotros no engañamos a nadie porque no se vende para eso, sino como antigüedad.

—Demonios, creo que tienes razón. Es la mejor idea que ha salido de tu cerebro. Lástima del castillo. Ya no nos sirve.

—¿Castillo? ¿Qué castillo?

—El que yo compré.

Joe cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

—Bill, ahora comprendo por qué lo pasaste difícil. Te di diez dólares cuando nos separamos para que pudiésemos comer. ¿Y qué es lo que haces con los diez pavos? Se te ocurre comprar un castillo. ¿Qué es lo que te dijeron para convencerte? ¿Que era el de Drácula? ¿O te hablaron del rey Arturo y de los Caballeros de la Tabla Redonda?

—No gasté un solo dólar.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo pagaste el castillo?

—Con cinco mil dólares en acciones de Pesque Usted en Grande, S. A.

Joe lanzó una carcajada.

—El timador timado —dijo—. Ya veo que vas despertando.

—Oh, no, Joe. No ocurrieron las cosas como tú crees. Yo no timé a nadie. Le expliqué al señor Orson que nuestras acciones no valían nada y él insistió en venderme su castillo. Aquí tengo la escritura. Lo más gracioso es que el castillo no está en esos lugares que salen en las películas. Está en Hollywood. —Bill le contó la forma en que había conocido a Orson.

—A ver, déjame esa escritura.

Bill se la entregó.

Joe empezó a leer el documento mientras paseaba de un lado a otro de la habitación. En un momento determinado, se detuvo y miró a Bill con asombro.

—Aquí dice que el vendedor se llama Orson Geller.

—No lo sabía. Quiero decir que a mí me dijo sólo Orson.

—Dame su descripción.

—Unos cincuenta años, talla mediana, setenta y cinco kilos de peso, casi calvo, grandes bolsas bajo los ojos...

—¡Cielos, es él!

—¿Quién?

—Orson Geller. ¿Es que no sabes quién es Orson Geller?

—No te referirás al director de películas.

—Sí, Bill. Es el mismísimo Orson Geller. Tu descripción coincide con las últimas fotografías que aparecieron de él. Y su castillo está en Hollywood. No puede ser otro.

—Es un tipo importante, ¿verdad?

—Lo era. Hace una década ganó consecutivamente el Oscar por su dirección en la película El pueblerino Lane, el Oscar por su

interpretación en Hoy todos comemos patatas y el Oscar al mejor guion por la película Los alienígenas mueren achicharrados.

—¿Y qué le pasó?

—Le hicieron la vida imposible. Un grupo social no acepta fácilmente que un miembro de ellos destaque tanto. Ya sabes, demasiado talento, demasiada originalidad...

—Algo así como tú, y por eso te quieren meter siempre en la cárcel.

Joe se tendió en la cama y continuó leyendo la escritura.

—¡Canastos!

—¿Qué pasa, Joe?

—El castillo tiene treinta habitaciones... Ya veo...

—A una chica en cada una de ellas.

—No, hombre. Las veo llenas de gente.

—¿Por qué llenas de gente? ¿Porque vamos a dar una fiesta? Según dicen, los actores están hambrientos. ¿Por qué vamos a gastar nuestro dinero?

—Eh, Bill. No te dispires. ¿Qué dinero vamos a gastar si no tenemos ninguno?

—Caramba, es verdad. —Bill se pegó una palmada en la frente—. Pero tendremos mucha plata cuando empecemos a vender los rifles con lente telescópica.

Joe no dijo nada a eso porque seguía leyendo la escritura de compra-venta.

—Un sótano —murmuró—. Cuatro almenas. Cincuenta cuadros de maestros que van del siglo catorce al veinte... Bill, necesitamos comprobar si esto es verdad.

—Ahí tienes el teléfono.

—El teléfono no sirve para un caso como éste.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Ir a Hollywood.

—¿Cómo?

Joe se levantó de la cama de un salto y palmeó la espalda de Bill.

—¿Te lo imaginas, muchacho? El castillo está ubicado entre las mansiones de los más famosos artistas. Rock Hudson, Paul Newman, Julie Andrews, Kirk Douglas...

—¿Y Raquel Welch?

—También Raquel Welch.

—¡Me ahogaré, Joe...! ¡Me ahogaré!

—Y hasta es posible que la veas en bañador.

Bill se tambaleó.

—¡Oh, no!

—Y puede que te invite a bañarte con ella.

—¡Me ahogaré, Joe...! ¡Me ahogaré!

—Allí estaré yo para echarte una mano.

—No te creeré ni aunque me lo jures.

—¿Por qué no?

—Porque si tú también estás allí, a quien le echarás mano será a Raquel Welch.

CAPÍTULO II

ESTABAN en Hollywood.

Bajaron del autobús en la terminal.

Un hombre pequeño, con camisa hawaiana, se les aproximó y dijo, con voz confidencial:

—¿Quieren un rizo del cabello de Greta Garbo? Es barato. Un dólar.

—No, gracias —contestó Joe.

—¿Un diente de Gary Cooper? También a dólar.

—Si es de oro, trato hecho.

El pequeño rió con tristeza.

—¿Le conviene más un zapato de Clark Gable?

—Que sea el sujetador de la Lollobrigida.

—Ya no me quedan.

—Pues perdió el negocio.

—Hay días malos, compañero.

El de la camisa hawaiana corrió hacia otro viajero que bajaba del autobús.

—Eh, Joe —dijo Bill—, aquí no se andan con reparos.

Una viejecita se les acercó y tocó a Bill en el brazo.

—Es usted muy grandullón y muy fuerte.

—Sí, señora. Me alimentaron con maíz de Arkansas.

—Lo contrato para el cine.

Bill agrandó los ojos.

—¿Es posible?

La viejecita le dio una tarjeta.

—Vaya a esta oficina a las cuatro de la tarde. Empezará mañana

en los estudios de la Paramount.

—¿En qué película?

—Se titula Salvaje y asesino y va a trabajar con Elizabeth Taylor, Richard Burton y Gregory Peck... Es un dólar por la comisión.

Bill se metió la mano en el bolsillo para coger el dólar, pero Joe le sujetó la muñeca.

—Ancianita —dijo—, ¿tenemos nosotros cara de primos?

La mujer miró a Joe y luego a Bill, y finalmente se encogió de hombros y repuso:

—Está bien, grandullón —le quitó el papel—. Usted se lo pierde.

Se retiró de allí andando con mucha ligereza, y al cabo de unos instantes ya estaba hablando con un tipo que la escuchaba embobado.

—Joe, cojamos otra vez el autobús —propuso Bill.

—¿Para qué?

—Para regresar a Dallas. Nunca vi a tantos timadores en tan poco tiempo.

—Quizá ya no veamos más.

Bill cogió la maleta y los dos echaron a andar hacia la calle.

Un hombre con una gorra se les puso delante.

—Caballeros, soy Leo Durling, y estoy a su disposición.

Bill se apresuró a responder:

—No nos interesa el diente de Gary Cooper, ni el zapato de Clark Gable, ni el sujetador de la Lollobrigida. Y en cuanto a trabajar con la Elizabeth Taylor, que trabaje su padre.

—¿Pero qué está diciendo, señor? Yo no me dedico a eso. Yo soy todo un caballero.

—Usted perdone.

Leo Durling se inclinó sobre los dos recién llegados y dijo:

—Los puedo llevar a un lugar de corrupción, compañeros... El local en donde las más famosas artistas se dedican a tomar la droga... Pueden contemplar la orgía por el ojo de la cerradura, y todo por un modesto dólar. ¡Qué escenas, muchachos...! ¡Qué escenas!

Bill miró con amargura a Joe.

—Con que ya no íbamos a encontrar a ninguno, ¿eh?

Joe puso la mano en el hombro de Durling.

—Oiga, Leo, debería tener más vista para dirigirse a su clientela. Somos del Ejército de Salvación.

Leo se quedó con la boca abierta.

—Oh, ustedes perdonen, reverendos —y se apresuró a correr hacia otros viajeros.

Otro hombre con una gorra les salió al encuentro y Bill gritó:

—¡Nada de orgías! ¡No queremos ver por el ojo de la cerradura!

—Perdón, señor. Soy taxista.

—No me diga que en su taxi montó la Sofía Loren y que tenemos que pagar tarifa doble.

—No, señor, no montó Sofía Loren.

—Menos mal.

—Montó la Claudia Cardinale. Pero la tarifa es sencilla; ya sabe, lo que marque... A menos que se quieran llevar un trozo del asiento.

—No se preocupe, lo dejaremos completo —contestó Joe.

—¿Adónde quieren que los lleve?

—A la calle Glendale, 122.

El taxista encanutó los labios y pegó un silbido.

—Demonios, allí vive lo mejorcito de la colonia cinematográfica. Bill respiró profundamente.

—Nosotros somos lo mejorcito.

Se metieron en el coche y el taxista hizo correr el vehículo.

Bill no apartaba los ojos de las ventanillas.

—¡Eh, Joe, mírala!

—¿A quién?

—Esa chica, casi no lleva ropa. Dios mío, qué tipazo... ¡Y mira la otra! ¡Lleva menos ropa todavía...! ¡Y la otra...!

—Cuidado, Bill, vas a arrancar la portezuela.

—Es que si no lo veo, no lo creo.

El taxista volvió la cabeza.

—Esto es Hollywood. El paraíso donde acuden las mujeres más bonitas del país. Y también vienen del Viejo Mundo.

Un autobús estaba descargando viajeros ante una mansión.

—¿Quién vive ahí? —preguntó Bill.

—Marlon Brando.

—Eh, Joe. Bajémonos.

—¿Para qué?

—Para verle la cara.

—Ya se la has visto muchas veces, Bill.

—Pero nunca en persona.

—Recuerda que tenemos que tomar posesión de nuestro castillo. Habrá mucho tiempo disponible para que puedas ir conociendo a los artistas.

—Sí, Joe, tienes razón. Lo importante es echar un vistazo al castillo.

El taxista volvió otra vez la cabeza.

—¿Bebo entender que están hablando del castillo del crimen?

Bill se quedó con la boca abierta.

—¿Qué castillo...? ¿Qué crimen?

—Ustedes hablaban de un castillo... ¡Por mi abuela! Claro, dijeron Glendale, 122... ¡Es él... es él!

Bill sacudió la cabeza.

—Eh, Joe, ¿de qué crimen habla?

—No tengo la menor idea... Oiga, taxista, ¿quiere decirnos a qué crimen se refiere?

—Al de hace seis meses.

—¿Qué pasó hace seis meses?

—Descubrieron a un hombre en el jardín. Estaba muerto. En el castillo no vivía nadie. Orson Geller estaba por alguna parte de Europa... El cadáver fue descubierto por una vecina.

Joe dio un suspiro.

—¿Lo oyes, Bill? Ese crimen no tiene nada que ver con el castillo.

—¿Tú crees?

—¿Es que no lo has oído? El cadáver lo encontraron en el jardín y no dentro. Y apuesto a que la policía ya cazó al asesino.

—No, señor —contestó el taxista—. Aún no lo cazó, pero eso resulta lógico.

—¿Por qué lógico?

—Porque es difícil cazar a un vampiro.

Bill pegó un salto y tocó con la cabeza el techo del coche.

—¡Un vampiro! ¿Ha dicho un vampiro?

—Sí, señor, eso dije.

—Dé la vuelta.

—¿Hacia dónde?

—Hacia la terminal de los autobuses.

—¿Se le olvidó algo?

—Sí, en Dallas. Un par de calcetines.

—No lo tenga en cuenta, taxista —dijo Joe, y palmeó la pierna de Bill—. Vamos, Bill, tranquilízate. Sólo estás oyendo una versión del crimen a este amable caballero. ¿Cómo se llama, amigo?

—Jack.

—¿Qué le hace suponer que el asesinado fue víctima de un vampiro, Jack?

—Tenía la marca en el cuello. Dos agujeritos por los que le habían chupado la sangre.

Bill se puso una mano en el cuello.

—¡No...! ¡A mí no!

—Bill, tranquilo.

—Ahora comprendo muchas cosas, Joe.

—¿Qué es lo que comprendes?

—Orson Geller estaba dispuesto a venderme el castillo por una moneda falsa.

—Pero tú le diste cinco mil dólares.

—En acciones falsas; quiero decir que no valían un centavo.

—Algún día esas acciones se cotizarán por encima de su valor nominal, y Orson Geller habrá realizado una buena venta.

—Yo me pregunto una cosa, Joe.

—¿El qué?

—¿Realizamos nosotros una buena compra?

—Claro que sí, hombre. Eso no lo puedes dudar. Oiga, Jack, ¿quién era la víctima?

—Un tipo de los bajos fondos. Se llamaba Richard Malden y era dueño del club La Araña. La policía trabajó mucho en el caso, pero terminó cómo había empezado: con las manos limpias. Caballeros, estamos llegando al número 122 de Glendale.

El taxista fue aminorando la marcha del vehículo. Ante los ojos de Joe y Bill fue apareciendo el castillo.

—¡Cielos! —exclamó el grandullón—. Pero si de verdad es un castillo.

—Sí, debemos admitir que lo es.

—¡Y en Hollywood!

Jack intervino:

—Según dijeron, Orson Geller lo trajo de Europa piedra por piedra.

—¿De dónde lo acarreó? —preguntó Bill.

—De Inglaterra. Como cosa graciosa, Orson Geller decía que también había traído a su fantasma.

—¡Oh, no! —gimió Bill.

—Son cosas que se dicen, muchacho —repuso Joe—. Orson Geller es un tipo ingenioso y aprovecha todas las oportunidades para soltar un chiste.

—Pero ya hubo un muerto.

—Sí, Bill, es cierto, pero oíste a Jack. No fue cosa del fantasma.

—Eso es verdad... ¡Pero lo hizo un vampiro!

—Será mejor que salgamos para que veamos de cerca nuestra mansión.

Bajaron del coche. El castillo estaba rodeado por un jardín mal cuidado, en donde la vegetación crecía lujuriente, pero no podían entrar al jardín porque se alzaba ante ellos una verja de hierro con una gran puerta historiada con motivos medievales, puerta que estaba condenada por una gruesa cadena de hierro, con su correspondiente candado.

Bill había recuperado su buen humor.

—¡Caramba, mira lo que compré, Joe...! Hice el negocio de nuestra vida.

—Seguro, pero no podemos entrar. Al señor Geller se le olvidó darte las llaves.

Bill se frotó las manos.

—Estupendo, Joe. Lo venderemos sin necesidad de verlo.

—¿Ya quieres venderlo?

—Si pudiese ser en el próximo minuto sería el hombre más feliz de la tierra. Y desde luego, incluimos al vampiro y al fantasma.

El taxista se apoyaba en el coche. Tenía los brazos cruzados.

—Ahí tienen a su vecina. La que descubrió el cadáver.

Joe y Bill siguieron la mirada de Jack.

Más allá del castillo se alzaba una mansión de estilo californiano. También tenía su jardín. Una mujer de unos sesenta años regaba las plantas.

—¿Sabe quién es ella, Jack? —preguntó Joe.

—Una actriz que fue famosa en los tiempos del cine mudo.

Susanne Clifford. Llegó el sonoro y, como tantos otros, se quedó realmente muda.

—Quédate con Jack, Bill. Hablaré con nuestra vecina.

Se dirigió hacia la mansión. La cancela del jardín estaba abierta, de modo que gritó desde allí.

—¿Se puede?

Susanne Clifford se alzó y al ver a Joe dijo:

—Tengo de todo.

—No soy un vendedor, señora Clifford.

—Ni tampoco me interesa volver al cine. ¡Al diablo con todos ustedes!

—Tampoco me dedico al cine. Soy uno de sus nuevos vecinos — señaló el castillo.

Joe vio que en los ojos de la Clifford brotaba una lucecilla de interés.

—Adelanté —dijo al fin.

Joe se dirigió a ella y le tendió la mano.

—Soy Joe Howard, señora Clifford. Joe para usted.

—Celebro conocerlo.

Joe inspiró profundamente.

—Tiene usted un jardín muy bonito, señora Clifford.

—Me gusta cuidarlo. Lo contrario que a Orson Geller. A propósito, ¿cómo fue que él les vendió el castillo? Nadie sabe dónde está. Desapareció hace mucho tiempo. ¿Acaso ha vuelto a Hollywood?

—No, señora Clifford. Compramos el castillo al señor Geller en una ciudad muy lejos de Hollywood.

—Es curioso.

—¿Qué es lo curioso, señora Clifford?

—Que el señor Geller vendiese su castillo. Le hicieron muchas ofertas, pero nunca las tuvo en consideración. Cierta vez me dije que antes vendería su alma al diablo.

—Bueno, quizá ya se encontró con él.

La señora Clifford soltó una carcajada.

—Eso estuvo bien. Orson Geller y el diablo. Harían una buena pareja. ¿Recuerda sus películas, Joe...? Fue una especie de hombre milagro en Hollywood. Casi un niño prodigio porque sólo tenía veinticuatro años cuando la armó con el Pueblerino Lane,... Qué

maravilla de filme... Qué belleza en los planos... Qué audacia en los encuadres... Lástima que no se sometiese a la disciplina de los estudios.

—¿Cree usted que si se hubiese sometido a la disciplina hubiese hecho lo que hizo?

Susanne Clifford hizo una pausa.

—Después de todo, tiene usted razón. Esos condenados magnates de los estudios no quieren que sobresalga uno demasiado, a menos que lo tengan bien cogido con un contrato ventajoso para ellos. Ahí donde ve, ese castillo fue muy famoso hace quince años. En él se reunía la crema de Hollywood, cuando Orson se encontraba en la cresta de la ola. Y qué ola, amigo... Lo llamaban el Genio, el Revolucionario del cine, el Einstein americano... Qué tiempos aquéllos, Joe, qué tiempos.

—Creo recordar que Orson Geller se casó tres veces.

—Su primero esposa fue Jenny Bresson, una compañera suya en la radio, cuando Orson no había llegado al cine. En aquellos días, Orson era un tipo romántico. Pero aquel matrimonio fue un fracaso. Duró seis meses. La segunda mujer fue Diana Warren, que trabajó para Orson como actriz en su segunda y tercera película. ¿Se acuerda de Diana Warren?

—Desde luego.

—Era toda una señora, amable, exquisita. ¿Se imagina qué clase de matrimonio podía hacer con Orson? A Orson le dio por beber. Dios mío, no he visto a nadie beber tanto alcohol. Parecía un saco sin fondo. La pobre Diana sufrió mucho... Al fin sobrevino lo que era inevitable. El divorcio. Orson se marchó a Europa y allí hizo un par de películas y se casó con una francesa, Jeanne Picot, una joven con mucha hermosura y muy poco talento. Era una actriz mediocre y, al parecer, le gustaban los chicos jóvenes que su marido llevaba a casa. ¿Se acuerda del escándalo? Orson regresó a su casa de París desde la Costa Azul y se encontró a Jeanne con un jovencito... Orson arrojó a los dos por la ventana. Menos mal que era un primer piso. Tuvo que pagar indemnización por malos tratos a su esposa y al otro, pero consiguió el divorcio inmediatamente... Lástima que Orson no haya tenido hijos.

—¿Por qué desapareció?

—¿Eh?

—Pregunto por qué Orson echó a correr y se mantiene en el anónimo.

—No lo sé... Aunque puedo decirle lo que han dicho los demás.

—¿Quiénes son los demás?

—Los actores, directores, periodistas...

—¿Qué dijeron?

—Que Orson Gelles veía cosas raras. Había estado bebiendo como una cuba durante muchos años y le había ocurrido lo que a todo alcoholizado, ya sabe, empezó a tener esas visiones horrendas... Poco antes de desaparecer, un auto patrulla lo sorprendió corriendo por las calles. Orson estaba como loco. Decía que lo perseguían para matarlo. Y cuando le preguntaron que quién lo perseguía, él contestó: La araña...

—Qué coincidencia.

—¿A qué se refiere? ¿También a usted le persigue la araña?

—No, señora Clifford. Me estaba refiriendo ahora al hombre que apareció asesinado en ese jardín, al que usted descubrió. Se llamaba Richard Malden y era propietario del club La Araña.

Susanne se quedó con la boca abierta.

—¿Cree usted que puede haber alguna relación, Joe?

—Bueno, quizá no hubo ninguna relación. ¿Vio usted el cadáver de Malden?

—Sí, claro. Fue horrible descubrir aquellas dos incisiones en el cuello. ¿Sabe que yo estuve a punto de hacer el filme Drácula? Pero mi agente rechazó el primer papel femenino. Qué estúpido. A veces los agentes artísticos son la ruina de una actriz. Ése fue mi caso. Yo tenía un agente que era una porquería.

—Señora Clifford, cuando apareció el cadáver de Malden, ¿estaba cerrada la puerta del jardín como lo está ahora, con el candado?

—No, señor. Habían quitado la cadena.

—¿Y la puerta del castillo?

—Estaba cerrada con llave. La policía tuvo que llamar al señor Brennon.

—¿Por qué al señor Brennon?

—Thomas Brennon es el depositario de las llaves del castillo. ¿No lo sabían ustedes?

—¿Y a qué se dedica el señor Brennon, además de ser

depositario de llaves?

—El señor Brennon es un abogado muy importante. También es mi consejero jurídico. Me ganó un pleito cuando la revista *Cosmopolitan* me calificó como una de las actrices más perversas de los años veintitantos... El señor Brennon consiguió una indemnización de diez mil dólares... Thomas también es el abogado de Rock Hudson, ¿sabe? Y tiene a otros artistas importantes entre sus clientes.

—¿Cuál es su dirección?

—Edificio Stone, en la Avenida Las Vegas.

—Gracias, señora Clifford. Espero volverla a ver pronto.

—Bienvenidos. Oiga, pero no me dijo todavía por qué Orson Geller les vendió el castillo.

—Yo tampoco lo sé —repuso Joe cuando ya estaba saliendo del jardín.

CAPÍTULO III

BILL y Jack estaban hablando de *baseball*.

—Jack —dijo Joe entrando en el taxi—. Vamos a la Avenida Las Vegas, edificio Stone.

—¿Por qué? —gritó Bill.

—Necesitamos las llaves para entrar en nuestro castillo.

—¡Que se queden con las llaves! ¡Ya no las queremos!

—Vamos a ver a un abogado.

—Estupendo. Le venderás el castillo.

—¿Por qué?

—Porque tú eres un tipo grande. Y seguro que le sacas al abogado un buen precio.

—Es uno de los mejores abogados de Hollywood, Bill. Se sabrá todas las triquiñuelas.

—Pero tú eres el mejor vendedor del mundo, Joe, y no te puede ganar el mejor abogado de Hollywood.

Joe sonrió agradeciendo la confianza de su amigo.

Llegaron al edificio Stone, y Jack preguntó:

—¿Lo espero?

—Sí, Jack.

—La cuenta va a subir mucho.

—Considérate de la familia.

—Eh, oiga, yo también les cobro a mis parientes.

Joe y Bill entraron en el edificio Stone. Era muy grande, dedicado a oficinas. El abogado Thomas Brennon estaba instalado en la planta séptima.

Los dos amigos se encontraron con una rubia impresionante que

les salió al paso cuando entraron en un amplio salón.

Bill dio un ladrido y la rubia pegó un salto retrocediendo.

—Póngale cadena —le dijo a Joe.

—La culpa es de usted —le contestó Joe—. Debería salir de casa a trozos.

—¿Y cuál supone que debía haber dejado hoy?

Joe la miró de pies a cabeza.

—La verdad es que hace muy bien en salir entera.

—¿Sólo vinieron a eso? ¿A tomarme las medidas?

Joe descubrió sobre una mesa la placa con el nombre de la joven: Miriam Anderson.

—No, Miriam, queremos ver a su jefe. Al gran Thomas Brennon.

—No me digan que han decidido pleitear contra los Estudios de la Columbia.

—Los compraremos.

Miriam abrió unos ojos como platos.

—¿Comprarlos?

—Sí, en cuanto nos salgan bien un par de negocios.

La joven apretó los dientes.

—Por un momento me engañaron. No son más que dos frescos.

—Que vienen a por las llaves.

—¿Qué llaves? Oh, no sé por qué lo pregunto. Las de la caja de caudales.

—Se va a ir al infierno por sus malos pensamientos, Miriam. ¿Quiere decirle a su jefe que están aquí los nuevos propietarios del castillo de Orson Geller?

—¿Qué nuevo truco se les ocurrió?

—No es un truco, preciosa. A propósito, ¿qué prefiere? ¿Los espaguetis o un buen trozo de solomillo?

—El solomillo. Estoy a régimen.

—Cuente con él para esta noche. ¿A qué hora quiere que venga a por usted?

—Corre usted mucho.

—Es lo que me aconsejó mi abuelo. Corre y que no te pillen. Yo tenía lágrimas en los ojos. Era muy pequeño, pero lo recuerdo. Me lo dijo cuando se lo llevaron los policías.

Miriam dio una patadita en el suelo.

—¡Basta! Cuando quiera oír chistes pondré la televisión.

—Yo los tengo mejores.

—Los anunciaré o se quedarán aquí todo el día.

—Éste es Bill Lesser y yo soy Joe Howard, también conocido por «el modesto Joe».

—No me diga que el apodo se lo puso su abuelo.

—¿Cómo lo adivinó?

La joven soltó un bufido y desapareció por una puerta del fondo.

Al poco rato salió ella, también salió un hombre calvo, bien trajeado, con cara de búho.

—Caballeros —empezó a decir después de observar a sus visitantes—, tienen ustedes un minuto para abandonar mi oficina. De lo contrario —se interrumpió al ver que Bill levantaba un puño.

—Termine su amenaza, Brennon. Yo también le doy tres segundos. Luego no podrá hablar porque se tragará los dientes.

Brennon empezó a ponerse blanco.

—¡Agresión...! Señorita Anderson, usted es testigo... ¡Agresión!
Joe carraspeó.

—Oiga, señor Brennon, no hemos venido aquí en son de guerra. Sólo queremos las llaves de nuestro castillo.

—No me harán creer que han comprado el castillo de Orson Geller. Nadie sabe dónde está Orson Geller.

—Ah, ¿no? Pues échele un vistazo a este documento.

Le alargó la escritura y Brennon la cogió y empezó a leerla para sí.

—Repámpanos, ésta parece la firma de Orson Geller.

—No sólo lo parece —dijo Joe—. Lo es.

—Espere un momento. He de comprobarlo. Tengo muchas firmas del señor Geller en mi archivo.

Brennon echó a correr y se metió en su despacho.

Joe miró a la atractiva joven.

—¿Y para después, Miriam?

—¿Para después?

—Del solomillo.

—Señor Howard, eche el solomillo a su amigo.

—Él no tiene bastante con uno, ¿verdad, Bill?

El grandullón se palmeó el estómago.

—Una vez me comí media vaca... No estaba en mi día bueno.
Brennon volvió corriendo.

—¡Es cierto! ¡Es su firma...! ¿Dónde metieron su cadáver? Oh, perdón, quise decir cómo consiguieron que Orson les vendiese su castillo.

—Señor Brennon, somos personas honradas —dijo Joe.

—Eso —cabeceó Bill—. Y todo lo que diga a partir de ahora le será tenido en cuenta para meterlo en la fresquera.

—Perdón, teniente, quise decir, señor Lesser... Todo esto es tan extraño... Aconsejé al señor Geller que vendiese su castillo y nunca quiso discutir el asunto. Dijo que no lo vendería ni aunque estuviese en la miseria.

—Pues ya está en la miseria —repuso Bill—. Tenía que haber visto la clase de abrigo que Orson tenía puesto. Andaba solo.

—¡No es posible!

Joe dio un suspiro.

—Señor Brennon, acaba de comprobar que la firma de Orson es auténtica. Por lo tanto, nosotros somos dueños del castillo porque pagamos cinco mil dólares por él. ¿Quiere darnos ahora las llaves o prefiere que Bill se las saque?

—¡Les doy las llaves! Pero quisiera antes decirles algo.

—¿Sobre qué?

—Tengo un comprador.

—No nos interesa —dijo Joe.

—La oferta es buena. Estaba dispuesto a pagar diez mil dólares a Orson Geller por su castillo y no creo que se haya vuelto atrás.

—¡Adjudicado! —gritó Bill—. ¡Suelta la pasta!

—No vendemos —dijo Joe.

Bill pegó un salto.

—Joe, es una ganancia limpia. Diez mil dólares a cambio de...

Joe lo interrumpió porque sabía que su amigo iba a decir a cambio de nada.

—Bill, ese castillo vale mucho más de diez mil dólares y el cliente del señor Brennon se quiere aprovechar. ¿Cómo dijo que se llamaba ese comprador, señor Brennon?

—No lo dije.

—Pues dígalo ahora.

—Lo siento, pero no estoy autorizado.

—Las llaves, señor Brennon.

—Muy bien. Se las doy enseguida.

—Y no se olvide de devolvernos también la escritura.

Brennon volvió a desaparecer, pero esta vez regresó enseguida con un llavero que contenía no menos de doce piezas.

—La más grande abre la casa. La más pequeña el candado del jardín. Las otras corresponden a varias habitaciones: No sé cuál es la del sótano.

—No se preocupe, las iremos probando —dijo Joe, y se hizo cargo del llavero y la escritura.

—Señor Howard —dijo Brennon—, si cambia de opinión respecto a la venta...

—No cambiaremos de opinión.

—Como ustedes quieran. De todas formas me tienen a sus órdenes. Si surge cualquier problema, gustosamente les proporcionaré mi asesoramiento jurídico.

—Es usted muy amable, señor Brennon, pero no necesitamos un abogado.

—Quién sabe... —dijo Brennon, sonriendo untuosamente.

Dio media vuelta y se fue a su despacho.

Joe y Bill caminaron hacia la puerta. Joe se detuvo con la mano en el tirador y volvió la cabeza.

—Eh, solomillo, ¿a qué hora vengo por usted?

—No iría con usted a comer ni aunque me muriese de hambre.

—Como quiera, preciosa. Ya lo dijo mi abuelo: «El hombre propone y las rubias disponen».

Salieron de la oficina y Joe dijo:

—Al castillo, Bill.

Bill se detuvo en seco.

—Joe, nunca creí que desaprovechases una ocasión como ésta. Diez mil dólares a cambio...

—No lo digas, Bill —lo interrumpió de nuevo—. Las paredes oyen. Te voy a decir por qué no vendí. Tengo la corazonada de que en este asunto vamos a sacar una tajada mayor.

Los ojos de Bill se volvieron a iluminar.

—¿Tú crees, Joe?

—Seguro, Bill. De eso no debes tener ninguna duda.

CAPÍTULO IV

EL taxi se detuvo de nuevo ante el castillo que había pertenecido a Orson Geller.

La señora Clifford ya no estaba en el jardín de su casa.

Bill sacó la maleta y Joe pagó a Jack el importe de la larga carrera.

El taxista gritó cuando se iba:

—¡Espero que tengan buena sangre para el vampiro! A Bill se le cayó la maleta.

—¿Has oído eso, Joe?

—Quiso hacerse el gracioso. No le hagas caso.

Abrió el candado con la llave correspondiente y entraron en el jardín mirando a un lado y a otro.

—Eh, Joe, ¿y si hubiera otro cadáver?

—No puede ser. La señora Clifford lo habría descubierto. Resulta muy simpática, pero es una fisgona.

Subieron la escalera y Joe metió la llave en la cerradura, al abrir la puerta, los goznes chirriaron siniestramente.

Bill dio un paso atrás aterrorizado.

—¡No entro, Joe!

—Pero ¿qué te pasa, hombre?

—Yo también tengo una corazonada.

—¿Cuál?

—La de que no saldré vivo de ahí dentro.

Joe le dio una palmada en la espalda.

—Bill, ¿eres un hombre o un ratón?

—Un ratón.

Joe entró en la casa y se volvió hacia su amigo.

—¿Lo ves? No hay nadie. Todo es normal.

Al fondo había una escalera con una armadura a cada lado. Bill las señaló mientras gritaba:

—¡Ya lo veo, Joe!

—¿Qué ves?

—Un cadáver.

—¿Qué cadáver?

—¡En una de esas armaduras!

—Te demostraré que te equivocas.

Joe levantó el yelmo de una armadura. Estaba vacía.

—¿Lo ves? No hay nadie.

—¡Está en la otra!

Joe levantó el yelmo de la segunda armadura. También estaba vacía.

—¿Qué dices ahora, Bill? ¿Es que no te diste cuenta? Esta vez dejaron el cadáver fuera. El de Richard Malden. Y ya no hubo más muertes. Te voy a decir otra cosa.

Estoy seguro de que a Richard Malden lo mataron muy lejos de nuestro castillo.

—¿Quieres decir que lo trasladaron hasta el jardín?

—Naturalmente.

—Caramba. Eso parece bueno. Para nosotros.

—No tienes que preocuparte por nada. Orson Geller no era un asesino, sino un director de cine. De los mejores que ha tenido Hollywood. Y daba muchas fiestas. Hubo un tiempo en que aquí reinaba la alegría, el bullicio.

—Y el bailoteo.

—Eso es, Bill. El bailoteo también.

—Lo peor para un vampiro. Ellos no bailan. No puede haber un vampiro.

—Ahora has dicho una gran verdad.

Bill entró sonriente en la casa.

—Creo que tienes razón, Joe. Me he dejado sugestionar.

—Vamos al salón a echar un trago.

—Entra tú primero y así me dices si está vacío.

—¿Otra vez, Bill?

—Como tú quieras.

Joe entró en el salón y no necesitó llave para eso.

Bill quedó a solas en el vestíbulo.

De pronto, una voz ronca dijo a su espalda:

—Buenos días.

Bill saltó tanto que llegó hasta las armaduras.

Al volverse vio en el hueco de la puerta a un hombre pálido, de largas patillas y que vestía de oscuro.

—¡No queremos ningún ataúd!

—Perdone. Mi nombre es Milton Rosson y soy decorador.

—Demuéstrelo.

—Últimamente decoré un panteón.

—Claro. ¿Qué otra cosa podría decorar?

—El de Cecil B de Mille.

Joe apareció con un vaso de *whisky* en la mano.

—¿Qué pasa, Bill?

—Llegó uno de la funeraria. Se llama Milton Rosson.

Joe se dirigió hacia Rosson y éste hizo una inclinación y le sonrió.

—Su amigo es muy gracioso, señor Howard.

—¿Quién le dijo mi nombre?

—El señor Brennon tuvo la amabilidad de llamarme.

—¿Por qué?

Milton sacó una tarjeta y se la entregó. La tarjeta decía: «Milton Rosson, decorador. Especializado en mansiones de los artistas de cine». A continuación estaba su dirección y teléfono.

—Es usted muy amable al haber venido tan rápido, señor Rosson.

—Verá, yo decoré este castillo por cuenta del señor Geller. Según mis cálculos, ya debe estar para decorarlo otra vez. Tenga en cuenta que han pasado quince años. Hice este trabajo con mucho cariño y no quisiera que nadie me lo quitase. Desde luego, dadas las circunstancias, mi presupuesto será muy considerado.

—De acuerdo, señor Rosson.

—Quisiera ver la casa para saber lo que le hace falta.

—Correcto, señor Rosson.

—Empezaré por la parte de arriba.

—Como usted guste.

Milton Rosson pasó junto a Bill y subió la escalera. Cuando hubo

desaparecido en lo alto, Bill dio un suspiro.

—Demonios, ¿por qué me tienen que traicionar los nervios?

—Anda, ven a tomar un trago conmigo y se te pasará todo.

—Será mejor que cierre la puerta —dijo Bill.

La cerró, pero cuando se dirigía hacia Joe, sonó el carillón.

—Otro visitante —dijo Joe.

Bill abrió la puerta y entró una joven preciosa de unos veintitrés años, de cabello negro. Vestía una minifalda y un suéter blanco que ceñía su busto prodigioso.

—Soy Romy Waring, periodista del Star, y usted debe ser el señor Lesser —miró a Joe—. Y usted es el señor Howard.

Bill seguía sin habla contemplando a la joven, pero Joe dijo:

—¿Quién le habló de nosotros? ¿El señor Brennon?

—Oh, no. Fue Jack, el taxista. Espero que no les moleste, pero tenemos nuestro servicio confidencial... Por favor, no llamen a otros periodistas... Quiero la exclusiva.

—¿De qué?

—¿De qué va a ser? Es todo un acontecimiento. Orson Geller vende su famoso castillo.

—¿Cuánto pagan? —preguntó Bill.

La joven enarcó las cejas.

—Bueno, creo que mi artículo resultará beneficioso para ustedes. Serán conocidos por todo Hollywood...

Joe intervino:

—¿Y si a nosotros no nos interesase? Bill tiene razón. Tendrán que pagar.

La joven arrugó el ceño.

—¿Cuánto?

—Mil dólares.

—Doscientos.

Bill iba a decir «trato hecho», pero Joe no lo dejó hablar.

—Ochocientos, señorita Waring, por ser usted tan linda.

—Trescientos por ser usted tan... tan...

—Dígalo.

—Tan negociante.

—Quinientos y no bajaré un centavo, señorita Waring.

—De acuerdo.

Bill extendió la mano.

—Pague.

—No tengo los quinientos dólares. Pero les firmaré un cheque.

—Ah, no, señorita Waring, no podemos aceptar el cheque.

—¿Por qué no?

—Porque aquí hay muchos estafadores. Desde que llegamos a Hollywood nos salen hasta por debajo de las piedras.

—Señor Lesser, le puedo enseñar mi carnet de periodista y debo decirle que el Star tiene un capital de cincuenta millones de dólares.

—Caramba, entonces le liaremos.

La joven se dirigió hacia Joe.

—¿Cómo consiguieron el castillo?

—Comprándolo.

—¿Por qué Orson Geller lo vendió precisamente a ustedes? Nunca lo quiso vender a nadie, y tuvo buenas ofertas de amigos incondicionales, los que más lo defendieron en sus momentos de amargura.

—¿Sabe que habla muy bien, señorita Waring?

—Señor Howard, no ha contestado a mi pregunta.

—Está bien. Escriba.

—He traído un magnetofón.

—Entonces será mejor que entremos en la biblioteca.

Fueron allí los tres. Romy abrió su bolso y sacó un pequeño aparato de grabación e hizo girar una llave.

—Ya está en marcha, señor Howard —dijo, alargando el micrófono hacia Joe—. Puede hablar.

Joe bebió un trago de *whisky* y tosió suavemente.

—El señor Lesser y yo hemos constituido una sociedad cinematográfica.

—¿Cómo se llama? —preguntó Romy.

Joe vio que los zapatos de la joven eran de piel de cocodrilo.

—La Caiman Company Internacional de Producciones Cinematográficas y de Televisión.

—¿Con qué capital cuentan?

—Tenemos un poco menos que el Star, pero no mucho menos.

—¿Qué tiene que ver Orson Geller con este proyecto?

—El señor Geller filmará una producción anual con nosotros. Aparte de eso, tendrá el cargo de presidente ejecutivo en la producción de la sociedad, tanto en lo que se refiere al cine como a

la televisión.

Bill estaba perplejo escuchando aquello.

La hermosa periodista preguntó:

—¿Cuándo empezarán ustedes la primera producción?

—En un mes.

—¿La dirigirá Orson Geller?

—Desde luego.

—¿Cuál es su título?

Joe observó el busto de la joven.

—Cumbres borrascosas.

—¿Una nueva versión de la novela de Emily Bronte?

—Sí, señorita Waring, pero será una versión libre, con mucha montaña.

—¿Intérpretes?

—Los tenemos elegidos, pero todavía no puedo dar sus nombres a la publicidad. Tenga en cuenta que todavía no se han firmado los contratos.

—Comprendo. Les podrían pisar a los principales intérpretes.

—Sí, señorita Waring. Éste es un negocio de pillos.

—¿Con qué estudios cuentan?

—Tendremos los que vamos a comprar.

—¿Van a comprar unos estudios?

—Sí, señorita Waring.

—Y me imagino que tampoco podrá decirme cuáles son.

—Existe la misma razón que antes para que mantenga reserva.

La joven se volvió hacia Bill.

—¿Qué puesto ocupa el señor Lesser en la sociedad?

—Asesor financiero.

La joven frunció el ceño.

—Señor Lesser... ¿Me puede decir a cómo se cotizaron ayer las acciones de la General Motors?

—Muy aprisa.

—¿Cómo?

—A ciento ochenta por hora.

Joe rió.

—Qué buen chiste, Bill... Ahí lo tiene, señorita Waring. Es un mago de las finanzas, pero nunca pierde el buen humor. Hace tan sólo un momento Bill me decía que las acciones de la General

Motors habían subido cuatro enteros. ¿Y cómo lo dice él, señorita Waring? Es la mar de sencillo. Multiplica el cuatro por los cuarenta y cinco años que tiene su hermano Peter. ¿Y qué es lo que le da? Ciento ochenta, que es como se pagarán los cupones en el próximo semestre...

—Parece cosa de magia —dijo la señorita Waring, mirando con respeto a Bill.

—¿Qué me dice del muerto, señorita Waring?

—¿Del muerto?

—Richard Malden.

—Me ocupé del caso.

—Estupendo. Podrá darnos una amplia información. No nos gusta nada que en nuestro jardín arrojen fiambres. Dígame, ¿cómo murió Malden?

—La autopsia no demostró nada, Se le paralizó el corazón en un momento determinado, y se acabó.

—¿Y las dos incisiones que tenía en el cuello?

—No probaban nada. Simplemente estaban allí.

Bill gritó:

—¡Yo sé por qué estaban allí! Lo chupó el vampiro.

Romy se rió.

—Sigue usted con su buen humor, señor Lesser.

Joe carraspeó fuerte.

—Bill, quizá te interese ver lo que está haciendo por ahí arriba el señor Rosson.

—Sí, Joe. Elijo al vivo.

Bill subió la escalera mientras Joe y Romy seguían hablando.

Una vez arriba, Bill se detuvo.

—¡Señor Rosson! ¿Dónde está?

Ante sí vio un largo corredor con habitaciones a ambas partes.

Vio que la tercera estaba abierta.

—¿Está ahí, señor Rosson?

Entró en un dormitorio.

Rosson estaba sentado ante la ventana, como si mirase a través de los visillos. La cama era de dosel, estilo del siglo XVI y el resto del mobiliario y la decoración había sido concebido de la misma forma.

—Demonios, señor Rosson. Esto está para una película de

miedo. Y ya que está aquí, quiero decirle que la decore con más alegría.

El señor Rosson no le contestó.

Bill, observando las paredes, llegó al lado del decorador.

—Señor Rosson, ¿qué le parecería un papel con niñitos jugando?

Puso la mano en el hombro de Rosson y éste cayó de cabeza en el suelo.

—¡Señor Rosson! Disculpe usted. Tengo mucha fuerza en el brazo. Pero usted está muy flojo. Debe tomar vitaminas.

Milton Rosson había quedado boca arriba. Tenía los ojos fijos en el techo y del corazón le sobresalía un puñal que le habían clavado hasta la empuñadura.

—¡Señor Rosson! ¡Se equivocó! ¡Esto no es el cementerio! ¡Señor Rosson...! ¡Pídame un martini...! ¡Por favor, señor Rosson!

Bill echó a correr como alma perseguida por el diablo.

—¡Joe...! ¡Joe...!

Bajó la escalera como una exhalación y entró en la biblioteca.

Romy y Joe se habían sentado el uno frente al otro, en sendos sillones.

—Siga con el muerto, señorita Waring —decía Joe—, y perdone la interrupción de mi amigo Bill.

A Bill se le atropellaron las palabras en la boca.

—¡El muerto, Joe...! ¡Ya llegó!

—Mételo en el cuarto de los huéspedes.

—Rosson... Decorador... Puñal... Arriba...

—El señor Lesser se debe referir a que las acciones de los aceros han subido algunos enteros.

—¡Y un pimientito! —exclamó Bill—. Lo que trato de decir es que a Rosson lo escabecharon.

—Bill, esas cosas no se dicen —repuso Joe.

—¡Es la verdad...! ¡Está muerto arriba!

La joven se levantó.

—¿No será mejor que subamos, señor Howard?

—Está bien. Subiremos.

Salieron de la habitación, y Bill fue detrás de ellos.

—¡Te lo dije, Joe! ¡Te dije mi presentimiento!

Entraron en el dormitorio.

Bill se quedó en la puerta y cerró los ojos.

Romy y Joe miraron por todas partes, pero no vieron a nadie.

Joe chasqueó la lengua.

—Eh, Bill, ¿dónde dices que estaba el muerto?

Bill, con los ojos cerrados, señaló hacia la ventana.

—Lo dejé ahí.

—Pues se marchó.

Bill abrió los ojos y miró la ventana, el sillón, el suelo.

—¡Dios mío! —Se puso a gritar—. ¡Señor Rosson...! ¿Dónde está, señor Rosson?

—Está claro lo que pasó, Bill.

—Ah, ¿sí?

—El señor Rosson echó un vistazo a la casa, como él quería, y regresó a su oficina para prepararnos el presupuesto.

—¿Y por qué no se despidió de nosotros?

—No quiso molestarnos. Recuerda que nosotros tres estábamos en la biblioteca. La señorita Waring grababa la entrevista en su magnetofón. El señor Rosson nos debió oír y pensó que era indiscreto interrumpirnos.

—Joe, el señor Rosson ya no podrá decorar nuestro castillo. Sólo podrá decorar su panteón cuando lo metan allí. Está tan muerto como mi tatarabuelo. Te lo aseguro, Joe.

—¿Qué va a pensar la señorita Waring de ti, Bill?

—Que piense lo que quiera. Pero el señor Rosson se largó al otro mundo.

—Estás muy nervioso, Bill, y yo sé a qué se debe.

—A La Araña, al vampiro, al decorador pinchado...

—Al viaje. Fue demasiado largo. Perdone, señorita Waring, pero tenemos que descansar.

—Ya me voy —repuso la joven.

—Espero volver a verla. ¿Qué le parece mañana?

—De acuerdo. Llámeme al periódico, pero me gustaría que en nuestra cita estuviese presente Orson Geller.

—Haré lo posible.

—¿De veras hará eso por mí?

—Cómo no.

—Es usted encantador, señor Howard. Y usted también lo es, señor Lesser. Hasta mañana.

La joven salió del dormitorio y Joe fue con ella.

Bill quedó a solas en la habitación. Pegó un grito y salió corriendo tras de su amigo.

Llegados al vestíbulo, la joven se despidió definitivamente.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras de Romy, Bill se dejó caer sin fuerzas en una silla.

—¿Por qué no crees lo que te dije, Joe?

—Te creí en todo momento.

—¿Cómo?

—Pero no podía admitirlo delante de ella. ¿Acaso querías que la casa se nos llenase de policías? ¿A quién hubiesen culpado del crimen? ¿Quién estaba con Rosson?

—Nadie.

—¿Crees que eso es posible?

—Naturalmente, estuvo el asesino.

—Pero aquí, en la casa, sólo estábamos tú y yo.

—Y la señorita Waring.

—La periodista estuvo todo el rato conmigo y yo estuve con ella, pero tú en cambio, estuviste un rato solo. ¿A quién crees que la policía culparía de haber matado a Rosson?

Bill agrandó los ojos.

—¡A mí!

—Correcto.

—¡Me voy! —dijo Bill, corriendo hacia la puerta.

—Eh, ¿adónde vas?

—Tengo un amigo en el Congo.

Joe detuvo a Lesser antes de que éste abriese.

—Si huyes, habrás confesado tu crimen.

—Pero también me lo cargarán si me quedo.

—Olvidas algo importante, Bill. Que no hay cadáver y, de momento, no te pueden acusar.

Bill se relajó.

—Caramba, es cierto. Y si no hay muerto no me pueden encerrar.

—La pregunta es: ¿dónde metieron el cadáver de Rosson?

—¿Por qué lo mataron? ¿Crees tú que la razón es que es un mal decorador?

—No, Bill. No creo que lo matasen por eso.

—¿Por qué entonces?

—Tengo una hipótesis.

—¿Cual?

—Esta casa.

—¿Qué quieres decir?

—Que este castillo encierra un misterio. Orson Geller te lo vendió.

—A cambio de nada —pudo decir al fin Bill.

—Eso es. Y se encontró un muerto en el jardín, a Richard Malden, y ahora hubo otra víctima, Milton Rosson.

—¿Sabes lo que te digo, Joe? Llama ahora mismo al abogado Brennon y dile que aceptamos la oferta de los diez mil dólares por el castillo. Pero, por favor, no le digas que le dejamos un muerto dentro.

—Has dado en la diana.

—Estupendo, ya tenemos diez mil dólares. Nos iremos a Miami.

—No me refería a vender el castillo. Diste en la diana porque nos interesa saber quién es el cliente de Brennon que da los diez mil dólares... Sólo lo puedo conseguir de una forma.

—Rompiéndole la cara a Brennon. Es cosa mía. Cielos, eso quiere decir que acepto meterme en el lío. No, Joe, no le romperé la cara a nadie.

—Tengo otra solución.

Joe se dirigió a la biblioteca y Bill fue detrás.

—Veremos si funciona el teléfono —dijo Joe.

Descolgó y comprobó que funcionaba. Marcó un número y cuando descolgaron a la otra parte dijo:

—¿Hablo con solomillo?

—Señor Howard, ¿qué quiere? —le contestó Miriam.

—Creo que es ya hora de comer.

—¿Le digo lo que me parece, señor Howard?

—No se reprima.

—Un fresco. Pero acepto su invitación.

—¿Dónde nos vemos, Miriam?

—En el restaurante de Leopardi. Está en el edificio Stone, segunda planta.

—Allá voy —dijo Joe... y colgó.

Salió de la biblioteca y Bill trotó a su espalda.

—Nos veremos luego, Bill.

—¿Es que piensas dejarme aquí?

—Adelantaré más si me enfrento a solas con Miriam.

—Pero yo no me quedaré aquí ni aunque me paguen mil dólares.

—Es tu hogar, dulce hogar, Bill.

—Se lo regalo a los vagabundos.

—Si nos vamos los dos nos robarán el muerto.

—Muy bien, que se lo lleven. Nos harán un favor.

Salieron los dos de la casa y, al llegar a la acera, un grupo de jovencitas se acercó a Bill.

—Por favor, ¿me da un autógrafo? —dijo una de ellas.

Bill firmó tres cuadernos y tuvo que correr para atrapar a Joe.

—¿Oíste eso, Joe? Me creyeron un artista de cine.

—Es tu fachada.

La señora Clifford estaba en la cancela de su jardín.

—Me disponía a hacerles una visita —sonrió amistosamente—. Siempre he sido una buena vecina. Lo fui con el señor Geller y quiero serlo con ustedes. En fin, deseaba invitarlos a comer. Tengo carne en salsa Strogof y para luego hay otra media docena de platos.

A Bill se le hizo la boca agua.

—Me tendrá que perdonar, señora Clifford —dijo Joe—. Acepté un compromiso con una joven, pero Bill se quedará con usted.

—Sí, señora Strogof... digo, señora Clifford —asintió Bill.

—Usted me parece muy simpático, lo mismo que su amigo —dijo la señora Clifford e invitó a Bill a pasar.

Joe se despidió de ellos, tomó un taxi y dio al conductor la dirección del edificio Stone.

CAPÍTULO V

JOE entró en el restaurante Leopardi.

Miriam ya estaba allí, sentada ante una mesa, bebiendo un martini.

—Hola, Joe.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión?

—Usted... —Ella parodió con la voz a una mala actriz—. Es usted irresistible.

—Gua... gua... No siga así o la morderé.

La joven rió mostrando unos dientes blancos y bien alineados.

Vino el camarero y pidieron la comida. Ella fue muy sobria, verduras y carne.

—¿Está de verdad a régimen, Miriam?

—Mi médico me dice que tengo propensión a engordar.

—Debe llevar una vida sedentaria. Lo que le hace falta es un poco de juerga...

—¿Tiene un buen tratamiento para eso?

—No se lo puede imaginar. Confíe en mí. Empezaremos a juerguearnos esta noche.

—Me temo que no podré.

—¿Por qué no?

—Soy un alma caritativa. Prometí a mis vecinos que me quedaría cuidando a los niños. Los padres hace dos meses que no van a un espectáculo.

—Pensé por un momento que fuese el señor Brennon. Tiene justo el aspecto del jefe que Siga con la secretaria.

—No es mi tipo.

—Lo supongo, pero es un hombre importante, un abogado famoso, debe tener mucho dinero. Y lo peor de todo, Miriam, la ve a usted todos los días. Si yo la viese a usted todos los días, tendrían que atarme.

—Por fortuna, mi jefe no es tan impulsivo como usted.

—Bueno, puede que me equivoque y que al señor Brennon le interesan más los negocios, Dicen que, los hombres, después de cumplir cuarenta años, sólo tienen interés por una cosa. Por ganar dinero. Me estoy preguntando cuánto ganará Brennon si yo vendo nuestro castillo por diez mil dólares a ese cliente suyo.

—Hay operaciones en las que el señor Brennon no gana nada. Actúa sólo como amigo del cliente.

—¿Y quién es el cliente?

—Gordon Hasler.

—¿Quién es Gordon Hasler?

—¿No ha oído hablar de él? Oh, claro, usted es nuevo en Hollywood.

—Soy como un niño abandonado en el bosque.

—Si usted es un niño, yo soy Blancanieves.

—Ya estoy deseando ir al bosque con usted, Blancanieves.

—¿Para qué?

—Para buscar a los Siete Enanitos.

—Menudo pillo es usted. Apuesto a que no buscaríamos un solo enanito.

—Entonces, volveremos al punto de partida. ¿Quién es Gordon Hasler?

—El dueño de dos clubs nocturnos, La Perla y El Camaleón.

—¿Y porque es dueño de dos clubs nocturnos quiere comprar un castillo?

—Debería saber que la gente de Hollywood es la más rara del mundo. Quizá el señor Hasler vio el castillo y desea vivir en él. O lo quiere convertir en otro club nocturno.

—¡Vengan al club de Drácula y pasen una noche con fantasmas, vampiros y ruidos de cadenas! ¡Sangre asegurada!

Ella rió cubriéndose la boca con la mano.

—Imagino que no se obsequiará a cada cliente con un asesinato.

—¿Por qué? Puestos a hacer las cosas bien, hay que procurar al visitante una gran distracción. Por ejemplo, a nosotros ya nos la

proporcionaron.

—Sé a qué se refiere. Al muerto que encontraron hace seis meses en su jardín, Richard Malden.

—Malden era dueño de un club nocturno, La Araña, y ahora Hasler, dueño de dos clubs nocturnos, quiere nuestro castillo. ¿Cree que es coincidencia?

—¿Por qué no?

—Hay otro muerto. Debe ser también coincidencia.

—¿Otro muerto?

—Un conocido del señor Brennon y quizá también de usted.

—¿Está hablando en serio?

—Sí, Miriam.

—¿A quién se refiere?

—A Milton Rosson.

—¡Dios mío! ¡No puede ser!

—Fue decorador del castillo de Geller, según dijo. Se presentó a poco de llegar nosotros. Su jefe, el señor Brennon, le había informado de nuestra toma de posesión y estaba allí para cambiarnos el decorado. Y resulta que a quien cambiaron el decorado fue a él. Mi amigo Bill asegura que le partieron el corazón. Ya lo ve, ni con el trasplante pondrían a Rosson en condiciones.

—¿Por qué lo mató su amigo?

—Bill no lo mató. Es un santo. Aquí se esconde algo, Miriam.

—¿Cómo dice?

—Que detrás de estas muertes hay un secreto, y tengo la impresión de que el señor Brennon sabe algo a ese respecto.

La joven parpadeó.

—¿Qué es lo que imagina, Joe?

—Tengo mucha imaginación, Miriam. Tanta que, desde hace rato, la estoy viendo a usted en bikini.

—Joe, es usted incorregible. ¿Cómo puede hablar ahora de bikinis con Milton Rosson muerto?

—Asesinado, diría yo.

—¿Ya avisaron a la policía?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no tenemos al muerto. Desapareció.

—¿Me está gastando una broma, Joe?

—No, querida niña, todo lo que le dije fue la pura verdad. Ahora es a usted a quien le toca decirla.

—¿Y respecto a qué quiere que le diga la verdad?

—Quiero la verdad de Brennon, la verdad de Rosson, la verdad del castillo.

—No sé nada.

—¿Sabe algo del hombre que nos vigila?

—¿Cómo?

—Hay un tipo a la izquierda que hace tiempo que nos vigila. No lo mire ahora. Se lo describiré. Veintiocho años, rubio, ojos azules, bien parecido y viste con elegancia.

—No sé quién puede ser.

—Ya puede observarlo. Se ha puesto a leer el periódico.

Miriam miró en la dirección adecuada y vio al hombre al que Joe se refería. Estaba sentado unas cuantas mesas más allá. Bebía un martini.

—Nunca lo había visto en mi vida, Joe. Puede que se equivoque y que no nos vigile.

—Oh, claro, usted es preciosa, llamativa, y no tiene nada, de particular que los hombres la pellizquen con la mirada.

—Tengo que soportarlo, pero no soporto ir en el autobús.

—Lo comprendo. La llenan de cardenales.

—Algunos se muestran demasiado atentos, y quieren darme su calor.

—¿No comprende el afecto del prójimo, Miriam? Por ejemplo, aquí me tiene a mí.

—Por favor, no me diga que quiere protegerme. Me lo han dicho demasiadas veces.

—¿Su jefe también?

—Es usted corrosivo, Joe.

El rubio se levantó de la mesa y Miriam se percató de ello.

—¿Lo ve, Joe? Se equivocó. Nuestro supuesto vigilante se va.

Efectivamente, el rubio salió del salón.

Se metió en una cabina telefónica y marcó un número.

—¿Jefe? —dijo, cuando estableció la comunicación—. Joe Howard está aquí con la chica de las curvas, la secretaria de Brennon. El socio de Joe el elefante, se quedó a comer en casa de su

vecina, la señora Clifford. Puede usted seguir adelante con su plan.

* * *

—Qué buena carne, señora Clifford —dijo Bill cuando iba por la tercera ración.

—Me alegro que le guste, señor Lesser. No me gusta tener invitados que no comen.

—Si lo permite, comeré por cinco invitados.

—Con tal de que no me deje vacía la despensa...

—Eso tuvo gracia —rió Bill.

Cuando iba por la cuarta ración de tarta de manzana, la señora Clifford dijo:

—¿Qué interés tienen ustedes por el castillo de Orson Geller, señor Lesser?

—Ninguno. Decidió la suerte.

—¿La suerte? No le entiendo.

—Fue por meterme en un callejón, señora Clifford. No me gusta que se abuse de la gente.

—¿Qué tiene que ver eso con el castillo? —preguntó la señora Clifford, porque no entendía nada.

—Al señor Geller lo iban a vapulear tres hombres y yo lo salvé del apuro. Entonces, como agradecimiento, decidió venderme su castillo.

En aquel momento sonó el teléfono.

—Disculpe, Bill —dijo la señora Clifford y atrapó el auricular—. Sí, está aquí. Bill, es para usted, de Joe.

Bill tomó el auricular.

—¿Qué pasa, Joe?

—Quiero verte en el castillo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Pero es que aún no terminé de comer... —dijo Bill, pero a la otra parte ya habían colgado.

Se levantó poniendo el auricular en la horquilla.

—Lo siento, señora Clifford, pero tengo que marcharme.

—Aún no ha tomado café.

—Guárdelo para mañana, y también me puede guardar el resto de la tarta de manzana.

—Está bien, Bill. Mañana le consentiré que me vacíe la

despensa.

—Qué simpática es, señora Clifford. Personas como usted deberían haber en el mundo. Demonios, ya se hizo de noche.

Salió de la casa y se dirigió al castillo.

Cruzó el jardín e instintivamente miró hacia el lugar donde había sido encontrado el cadáver de Malden, por si habían dejado en el mismo lugar a Rosson, pero estaba demasiado oscuro para que se viese un muerto. Al llegar a ese punto de sus pensamientos, sintió un escalofrío por la espalda y movió aprisa las piernas.

Abrió la puerta del castillo y cerró a su espalda.

El vestíbulo y la escalera estaban iluminados, lo mismo que la biblioteca.

—¿Estás ahí, Joe?

Asomó la cabeza en la biblioteca, pero allí no estaba su amigo.

Le llegó un ruido de arriba y pensó que Joe estaría eligiendo su dormitorio. Habían hecho un largo viaje desde Dallas y los dos estaban cansados.

Le diría a Joe que se marchasen a pasar la noche a un hotel. Cada vez le gustaba menos el castillo.

Empezó a subir la escalera y oyó pasos en la parte superior. Miró hacia arriba y se quedó primero asombrado y luego tuvo la impresión de que se le bajaban los calcetines.

Vio a un hombre con una capa negra, vestido de *smoking*, con los ojos brillantes, agrandados; pero lo que más resaltaba en él no eran los ojos, sino los dos colmillos que le brotaban de la boca. Aquel hombre levantó los brazos, y bien mirado, aquello no eran brazos, sino alas. Era el vampiro.

CAPÍTULO VI

—¡JOE! —gritó Bill.

Su amigo no le contestó y aquel extraño ser soltó por la boca un escalofriante silbido y empezó a bajar los escalones.

—¡Por su padre, Drácula, párese!

Le contestó con otro silbido.

—¡No me muerda, Drácula...! ¡Que yo no valgo nada...!

Su interlocutor siguió bajando escalones.

Bill ya no pudo estar más tiempo allí. Dio media vuelta y echó a correr. Se le fue el pie y rodó los últimos peldaños como una pelota. Se levantó en el vestíbulo y no se entretuvo en mirar hacia atrás. Salió del castillo como una exhalación.

Le pareció que el jardín tenía como unos cien kilómetros de largo, pero por fin llegó a la verja y ganó la calle.

Descubrió un policía de uniforme en la esquina.

—¡Guardia...! ¡Guardia...!

—¿Qué le pasa, amigo?

—¡Drácula...! ¡Está en mi casa! —Levantó las manos como había visto hacer al vampiro y, a continuación, se señaló la boca para indicar los dos colmillos, y luego dejó escapar el aire para indicar el escalofriante silbido.

—Bebió más de la cuenta, ¿eh?

—Oh, no, señor guardia. Le juro que sólo despaché un par de kilos de carne y un kilo de tarta de manzana. Habría comido más, pero mi socio me interrumpió el festín. ¡Dios mío, Joe! ¡El vampiro lo habrá chupado...! ¡Estará muerto...! ¡Tres cadáveres, guardia...! ¡Corra, venga conmigo...! ¡Todavía podemos llegar a tiempo de

salvar a Joe!

Cogió el brazo del agente y se lo llevó al castillo. Al llegar a la puerta, exclamó:

—¡Saque la pistola!

—Está bien. Sacaré la pistola. Pero tengo la impresión de que usted va a dormir esta noche en una celda, amigo.

—¡Le tomo la palabra!

—¿Qué?

—Que prefiero dormir en la celda a dormir en ese castillo.

—¡Abra de una vez!

Bill abrió con mucho miedo.

—¿Está ahí, Drácula...? Le traigo un cliente...

—Déjese de tonterías —dijo el policía, y empujó la puerta.

Bill y su acompañante entraron. Allí no había nadie, ni en el vestíbulo ni en la escalera.

—¿Dónde está su amigo el vampiro?

—No es mi amigo, guardia. Yo elijo a mis amistades.

—Con que sí, ¿eh?

—¡Joe...! ¡Háblame, Joe!

—¿No estará en la biblioteca?

—No está. Ya miré. Y el vampiro salió de allá arriba.

—Muy bien. Subiremos. Pero esta broma le va a costar cara, amigo, A propósito, todavía no sé su nombre.

—Bill Lesser. También me llaman «El Honrado Bill».

Subieron la escalera y tampoco vieron a nadie en el corredor. Por la rendija de una puerta se filtraba la luz, justo la habitación en que Bill había encontrado muerto a Milton Rosson.

—Prepare la pistola, guardia. Ése es el cuarto del crimen.

—Hace rato que tengo la pistola a punto y se me está durmiendo la mano. ¿Quiere dejarse ya de tonterías, «Honrado Bill»?

Bill hizo girar el tirador y empujó la puerta.

—Entre —le dijo el guardia.

—¡Ni hablar! ¡Usted primero!

El policía entró en el dormitorio.

—Aquí no hay nadie, «Honrado Bill».

—¿Está seguro?

—Obsérvelo con sus propios ojos.

Bill entró en la habitación y comprobó que, efectivamente, entre

las cuatro paredes sólo se encontraban él y el policía. Éste era un hombre de unos cuarenta años, tan alto y fuerte como Lesser. Guardó el revólver y cruzó los brazos.

—¿Qué me dice ahora, Lesser? ¿Quizá que el vampiro se fue a dormir a su ataúd, después de beber su biberón de sangre?

Oyeron pasos abajo.

—¡Ahí lo tiene, policía!

El agente y Bill salieron de la habitación y se encaminaron rápidamente hacia la escalera.

Desde abajo, Joe dijo:

—¿Qué pasa, Bill? ¿Qué hace aquí ese agente?

Lesser sintió que las piernas se le doblaban.

—¡Joe, eres tú! ¡No te mordió el vampiro!

—Yo hubiese preferido que me mordiese Miriam, pero tampoco hubo oportunidad porque se tuvo que marchar.

El policía y Bill llegaron al lado de Joe y éste dijo:

—¿Cuál es su nombre, agente?

—Ted Delmont, y no me gusta que me tomen el pelo.

—¿Quién le tomó el pelo?

—Su amigo. Me trajo aquí porque dijo haber visto al mismísimo Drácula. Los policías tenemos que ocuparnos de otras cosas y no de las visiones...

—Estoy seguro de que es usted un buen policía y que pasará por alto una alucinación.

Bill fue a contestar, pero Joe le pisó el pie.

El agente sacudió la cabeza.

—Lo pasaré por alto.

—Es usted muy gentil.

—Pero diga a su amigo que deje de ver vampiros.

—Bill, ya lo has oído. Despídete de Drácula.

—Eso es lo que yo quisiera, pero no sé si Drácula se despedirá de mí.

El agente ya estaba andando hacia la puerta y Joe lo acompañó. Delmont se puso un dedo en la sien y lo hizo rodar mientras hacía una señal hacia Bill.

—Últimamente no ha estado bien, agente —asintió Joe.

—Tenga cuidado o tendré que ordenar que lo encierren.

—No se preocupe. Se le pasa enseguida.

—Buenas noches.

—Que usted lo pase bien, agente.

Delmont salió y Joe cerró la puerta.

Bill corrió junto a su amigo.

—¡Te juro que es cierto...! ¡El vampiro estaba en la escalera!

—Te creo.

—Entonces, ¿qué infiernos estamos haciendo aquí? ¡Vámonos con el agente y que nos meta en la cárcel a los dos! Estaremos seguros.

—Tranquilo, Bill. En primer lugar, ¿por qué viniste aquí solo?

—Tú me llamaste.

—¿Yo?

—Por teléfono. A casa de la señora Clifford. Cuando estaba comiendo mi tarta de manzana.

Joe se tironeó de una oreja.

—Está claro, Bill.

—¿Qué es lo que está claro?

—Yo no te llamé. Te hicieron venir para hacerte una exhibición de vampiro. ¿Por qué?

—Porque me vieron gordito y suponen que tengo mucha sangre y de la mejor calidad.

—No, Bill no es ésa la razón.

—Entonces, ¿cuál es?

—Quieren que abandonemos la casa.

—¿Eso quieren?

—Sí, Bill. Estoy seguro de ello.

—Pues les vamos a dar gusto porque nos vamos.

—No, no nos vamos.

—Joe, sólo tengo un cuello. No me gustaría que ese tipo me lo marcara con sus dos colmillos.

—Procuraremos que no llegue a ocurrir... Pensemos, Bill. Si ellos quieren que salgamos de la casa es porque en la casa hay algo.

—¿Te refieres a algo escondido?

—Exacto.

—¡Dinero!

—Sí, Bill, ésa podría ser la razón.

—¿Cien mil dólares?

—Es posible.

—¡O un millón!

—No me extrañaría. En este asunto están mezcladas personas importantes. Richard Malden, Orson Geller... Y ahora apareció nuestro cliente, el que nos quiere dar los diez mil dólares por el castillo. Gordon Hasler, propietario de dos clubs nocturnos. Por añadidura, tenemos otro cadáver, el del decorador Rosson y la posibilidad de que también esté metido en la olla el insigne abogado Brennon... Bill, tenemos que encontrar ese dinero antes que nadie.

—Hay que buscar un pico y una pala.

—Podíamos estar picando durante los próximos veinte años.

—¡Dinamita! ¡Eso es! ¡Volaremos el castillo!

—Me temo que eso no le agradaría nada al agente Delmont.

—El castillo es nuestro, infiernos. ¿Por qué no podemos hacer con él lo que queramos?

—Al alcalde no le gusta que le vuelen la ciudad. Lo tiene prohibido.

—¿Qué se te ocurre?

—Pensemos con la cabeza. Tú viste a Rosson muerto y desapareció. ¿Por qué? Porque hay un escondrijo secreto.

—¿Te refieres a un subterráneo?

—Es posible.

—¡Y también habrá una cámara de los horrores con esos instrumentos para convertir a un tipo en una piltrafa...! ¿Sabes lo que te digo, Joe? ¡Voto otra vez porque nos marchemos! ¡Que se queden ellos con el millón de dólares! Al fin y al cabo, se lo han ganado con tanto muerto...

—No deberías decir eso, Bill. Sólo a los fabricantes de armas les está permitido ganar dinero con la muerte.

En aquel momento sonó el teléfono en la biblioteca.

Joe echó a andar y Bill corrió detrás.

—Bill, deberías ahorrar energías.

—Tienes razón, pero es que estoy muerto de miedo.

—Serénate —dijo Joe, y atrapó el auricular—. ¿Sí...?

—¿Con quién hablo? —preguntó una voz ronca.

—Usted primero, amigo.

—Soy Gordon Hasler.

—¿En persona?

—Claro que en persona.

—Ustedes acostumbran a valerse de hombres de paja, y podía ser uno de ellos y hablar en nombre de su amo.

—Yo no tengo ningún amo. ¿Es usted Howard?

—Sí, Joe Howard. ¿Cómo lo ha sabido?

—El señor Brennon me dijo que usted llevaba la voz cantante en el equipo.

Bill se sentó en un sillón de alto respaldo, junto a la pared.

Joe no lo podía ver porque le estaba dando la espalda a Bill.

—¿Qué quiere, señor Hasler?

—Hablarle del castillo.

—No hay nada que hablar.

—El señor Brennon le hizo una oferta. Admito que usted la haya considerado poco interesante...

—Cierto, señor Hasler.

—Subiré la oferta. Quince mil dólares, señor Howard.

Bill jugueteaba nervioso con los brazos del sillón. Movi6 una pieza del brazo de la izquierda y el sill6n gir6, y ante la sorpresa de Bill, se encontr6 metido en otra habitaci6n. Naturalmente, all6 no estaba Joe. El que estaba era el vampiro, el cual levant6 los brazos, abri6 la boca y solt6 por ella aquel estridente silbido.

Bill estaba como pegado al sill6n. Se agarr6 fuerte a los brazos y el sill6n se puso otra vez en marcha, y sali6 de aquella habitaci6n y otra vez se encontr6 en la biblioteca, donde hablaba Joe por tel6fono.

—No, se6or Hasler. Tampoco va a conseguir el castillo por quince mil d6lares.

Bill quiso hablar, pero no pudo. Ten6a las cuerdas bucales paralizadas por el terror. Quer6 llamar la atenci6n de Joe, pero 6ste segu6a de espaldas. Levant6 una mano y se6al6 la pared por donde aparec6a y desaparec6a el sill6n. Quiso hacerlo con tanta naturalidad, que volvi6 a tocar el resorte y otra vez el mecanismo se puso en marcha y se encontr6 en la habitaci6n con el vampiro.

Los ojos de Bill se agrandaron tanto que parecieron dos huevos duros.

Logr6 tocar el resorte y el sill6n se desliz6 cuando ya Dr6cula se iba a lanzar sobre 6l con la boca abierta, como si le fuese a morder.

Una vez m6s se encontr6 en la biblioteca. Joe, siempre de

espaldas, reía por el micro.

—No, señor Hasler. Tampoco veinte mil dólares para comprar nuestro castillo. Nos gusta mucho. Sobre todo, a Bill. Siempre quiso tener un castillo, y ahora que lo consiguió, no lo soltará fácilmente porque se encuentra de maravilla.

Bill negó con la cabeza rotundamente ante aquellas palabras de Joe. Por fin pudo articular sonidos.

—Pjhx —dijo.

Joe no lo captó.

—Zmrjht... —dijo ahora Bill.

Joe le contestó esta vez:

—Bill, déjate de hacer sonidos raros. Estoy ventilando un negocio y me interrumpes.

Bill señaló los dos brazos del sillón con las dos manos, pero no se atrevía a tocarlos.

Ahora no le hizo falta tocar nada porque la pared se abrió por detrás de él y dos manos fueron en busca de su cuello.

CAPÍTULO VII

BILL sintió aire a su espalda y giró la cabeza. Vio las dos manos. Entonces recuperó el movimiento. Pegó un tremendo salto y embistió un sofá, que se llevó por delante.

—¿Qué haces, Bill? —dijo Joe—. Deja de jugar.

Bill quedó sentado en el suelo y miró hacia la pared. En ese momento, el vampiro desapareció.

—¡Allí, Joe...! ¡Allí!

Joe volvió la cabeza y no vio nada ni a nadie. Sólo un cuadro de un tipo gordo que estaba tocando la lira.

—¡Drácula, Joe...!

—No es Drácula, Bill. Es Nerón ante el incendio de Roma.

El señor Hasler habló desde el otro extremo del hilo.

—¿De qué Nerón habla, Joe?

—No hablaba con usted, Hasler.

—Veinticinco mil dólares y ni un centavo más. ¡Acepte, Howard!

—La respuesta sigue siendo no, Hasler.

—No sabe lo que le conviene.

—Yo creo que sí, Hasler. Siempre lo he sabido.

—Esta vez se equivoca. Compraron algo por cinco mil dólares y pueden recibir veinticinco mil. Obtendrán un beneficio líquido de veinte mil pavos. No sea ambicioso, Howard. En la vida hay que saber elegir.

—Le agradezco la atención que nos presta, Hasler. —Joe bostezó por el micro—. Tengo mucho sueño. Usted perdone.

Luego, colgó.

Bill se levantó del suelo tambaleándose.

—¡Joe, otra vez el vampiro...! ¡Mientras tú hablabas! ¡El sillón...!

—¿Qué intentas decirme?

—Que ese sillón es como los de la feria. Te montas y viajas. Como en un tiovivo.

Joe fue hacia el sillón.

—¿Qué es lo que hay que mover, Bill?

—Uno de los brazos, el de la izquierda.

Joe apretó donde Bill le había señalado, pero el sillón siguió quieto.

—Este sillón no se mueve, Bill. Debe haber sido otra alucinación.

—¿Otra? ¡No he tenido alucinaciones desde que llegué a este castillo! Todo lo que vi fue real. Yo estaba sentado ahí.

Bill se sentó y movió el resorte. El sillón se marchó a la habitación secreta.

Se encontró a la otra parte de la habitación, y allí estaba esperándolo el vampiro.

—¡Socorro...! ¡Joe...! ¡El tiovivo...! ¡Yo seré el tío muerto! —
Movié una vez más el resorte y regresé a la biblioteca—. ¡Ahí dentro, Joe...! ¡Ahí dentro está!

—Sal de ahí.

—¡No puedo...! ¡Que me saquen con una grúa!

Joe cogió a Bill de un brazo y tiró de él, sacándolo del sillón. Ocupó su lugar y movió el resorte.

El sillón emprendió la marcha hacia aquella habitación secreta. Pero cuando se quedó quieto, Joe no vio a nadie. Hizo funcionar el mecanismo y regresó donde estaba su amigo.

—¿Y Drácula? ¿Lo viste? —exclamó Bill.

—Se marchó. Anda, sube conmigo. Iremos en su busca.

—¡No cuentes conmigo!

—Está bien, te quedarás aquí solo.

—¡No quiero quedarme solo...! Tienes la obligación de cuidar de mí... Tú me metiste en este lío.

—Quiero inspeccionar ese pasadizo. ¿Vienes o te quedas?

—Voy.

Joe se encogió en el sillón para dejar sitio a Bill, pero éste sólo pudo poner una rodilla en el asiento porque era demasiado grandote.

Joe fue a mover el resorte, pero Bill le cogió la mano.

—¿Estás seguro de que quieres ver a Drácula?

—Ya va siendo hora de que le eche un vistazo.

El sillón se marchó hacia la otra estancia. Cuando llegaron, Joe dijo:

—¿Lo ves, Bill...? No está el vampiro.

—Ya vendrá... Ya vendrá.

—En marcha. Hemos de ver dónde va a parar este pasadizo.

—Está muy oscuro.

Cada uno de ellos sacó una caja y encendieron los fósforos.

Echaron a andar por el estrecho pasadizo. Éste trazaba una curva de vez en cuando. Finalmente llegaron al final, ante una pared.

—Joe, estamos encerrados y no hemos visto nada.

—Tiene que haber una salida.

—¿Y cómo la vas a encontrar?

—Debe ser un artificio como el del sillón. Ya sabes, un mecanismo secreto que se pone en marcha si aprietas en el lugar adecuado.

Joe se puso a golpear la pared.

—No te quedes quieto, Bill. Apoya la mano en la pared como yo.

Bill se alejó como dos metros y se puso a presionar el muro.

Joe sintió que un trozo de la pared cedía a su presión. El muro se puso en movimiento y, como estaba apoyado en él, cayó por el hueco y fue a parar al jardín. La puerta se cerró a su espalda.

Bill, en cuanto el muro se abrió para dejar paso a Joe, quedó a oscuras porque se estableció una corriente de aire que le apagó el fósforo. No se dio cuenta de que Joe ya no estaba allí.

—Eh, Joe. No soples.

No oyó a su socio.

—Joe, ¿qué te pasa? ¿Dónde estás? No te veo.

Encendió otro fósforo, y al encontrarse a solas, sintió que se le erizaba el cabello.

—¿Dónde estás, Joe?

Golpeó la pared con el puño y, de pronto, en ésta se hizo un hueco, como una urna, y vio detrás de ella a Milton Rosson, que seguía con los ojos abiertos, fijos, y con el puñal en el pecho.

—Señor Rosson, cuánto tiempo sin verlo... Pero debe seguir ahí.

Si sale se puede resfriar.

Rosson no siguió allí porque se venció sobre Bill, el cual lanzó un chillido.

En aquel momento reapareció Joe. Había logrado dar con el mecanismo que abría desde fuera.

—¿Qué pasa, Bill? ¿Dónde estás?

—¡Con el muerto!

Joe apartó el cadáver de Milton Rosson, que estaba encima de su amigo.

Bill lo miró con ojos extraviados.

—¿Qué dices ahora, Joe? ¿Estaba o no estaba muerto el señor Rosson?

—Recuerda que te creí desde un principio.

—¿Y el vampiro?

—Se largó.

—Pero no se habrá largado por mucho tiempo... Volverá, Joe. Volverá.

—No, hombre, se fue para no volver.

—Y yo te digo que la tiene tomada conmigo. —Bill se tocó el cuello—. Está dispuesto a clavarme sus colmillos aquí.

—No te clavaré nada.

—Es lo que tú dices. Pero el vampiro ya me ha cogido muchas veces cuando tú no estabas a mi lado. ¿Te acuerdas de mi presentimiento, Joe?

—Claro que lo recuerdo.

—Entonces ha llegado la hora de marcharnos.

—¿Y abandonar un millón de dólares?

—Ni siquiera sabemos si es un millón. Hasta ahora sólo encontramos un cadáver y un vampiro de propina...

—Las cosas van a cambiar.

—Claro que cambiarán. En cuanto la policía tenga este muerto, nos encerrará a los dos en la cárcel.

—Llevaremos a Milton Rosson a uno de los dormitorios y pensaremos algo antes de llamar a la policía.

—¿Por qué no lo enterramos en el jardín?

—No podemos. No estamos sindicados. Y seguramente a la policía tampoco le va a gustar. Anda, transportémoslo.

—Se le ha caído el cuchillo con tanto jaleo.

Joe sacó el pañuelo y envolvió el cuchillo, guardándolo en el bolsillo de la chaqueta.

Llevaron a Rosson al sillón giratorio. Joe viajó con el cadáver. Luego regresó por Bill.

Apenas llegaron a la otra parte, sonó el carillón de la puerta.

—Dios mío, ¿quién será?

—Voy a ver —dijo Joe.

—¡No me dejes solo con el muerto!

—Ahora no te puede pasar nada.

El cadáver de Rosson estaba en el sillón giratorio, donde lo había colocado Joe.

Joe fue al vestíbulo y abrió. Era el agente Delmont.

—Qué sorpresa tan agradable, señor Delmont.

—Vi entrar a un tipo por la ventana.

—No me diga.

—Fue hace un momento.

—¿Por qué ventana?

—Por la de la biblioteca —dijo Delmont, y echó a andar rápidamente hacia la habitación donde estaba Bill.

—Espere un momento, agente.

—Cumpló con mi obligación —contestó Delmont, y no se detuvo.

Entró en la biblioteca seguido por Joe.

Bill se estaba escanciando *whisky* en un vaso y se quedó de muestra cuando vio al policía.

Delmont se había detenido, mirando al hombre que estaba en el sillón.

Bill reaccionó gritando:

—Aquí tiene su *whisky*, señor Rosson. Es muy bueno. Beba, hombre, beba. Muy bien, si no lo quiere, para mí.

—¿Quién es? —preguntó Delmont.

—Un cliente nuestro —contestó Bill antes que Joe, porque estaba muy nervioso—. Lo estaba convenciendo para que comprase.

—¿Qué cosa?

—Un ataúd, ¿verdad, Rosson? Se va a quedar con un bonito ataúd. No habrá tenido otro más lindo en su vida. De la mejor madera, con una estupenda almohadilla para que pueda descansar la cabeza.

El agente se dirigió hacia el muerto.

—Señor Rosson, usted entró hace un rato por la ventana. ¡Niéguelo!

Naturalmente, el señor Rosson no pudo negar nada.

—Lo sorprendí, señor Rosson —siguió hablando el agente—. A mí no me la pega nadie. Diga por qué entró por la ventana... Eh, ¿qué tiene en el pecho?

—¡Salsa de tomate! —contestó Bill—. Es un puerco. Se lo dije, señor Rosson. Póngase la servilleta, póngase la servilleta...

—Parece... sangre...

—Sólo lo parece. Pero es salsa de tomate. ¿Verdad, Joe, que es salsa de tomate?

Joe no dijo nada.

El policía puso el dedo en el pecho de Rosson. Se miró la yema y, con movimiento rápido, sacó la pistola.

—¡Todo el mundo manos arriba! ¡Al que se mueva lo liquido!

—Pero ¿qué le pasa? —dijo Bill.

—¿Que qué me pasa? ¡Aquí se ha cometido un crimen! Se lo dije, amigo. Nadie se la pega al agente Delmont.

—Señor Delmont —dijo Joe—, tenernos explicaciones para todo.

—Ande, dígame que el muerto les tocó en una tómbola.

—No, señor. No puedo decir eso porque no sería cierto. Al señor Rosson lo mataron.

—Vaya, menos mal que ha sido sincero. Reconoce que está muerto. ¡Y yo sé quién lo mató!

—¿Quién, agente?

—Su amigo.

—Oh, no, agente. Bill Lesser no mataría ni a una mosca. Es un alma bendita.

—La cárcel está llena de almas benditas.

Bill gimió:

—Mi presentimiento, Joe... Mi presentimiento... Sabía que esto acabaría mal.

—No te preocupes, Bill. El señor Delmont es un buen policía y sabe comprender.

—Sí, comprendo tanto que voy a llamar a la Brigada de Homicidios.

—No se precipite.

—¿Debo reírme, señor Howard? Aquí hay un hombre muerto, con un boquete en el pecho, y usted me dice que no me precipite. ¿Qué cree que soy...? ¿Vendedor de chorizos? ¡Soy un policía, señor Howard!

Delmont descolgó el teléfono con la mano libre y se puso a marcar.

Joe dio un paso más y estuvo al lado del sillón.

Delmont habló por el micro.

—¿Hayes...? Aquí Delmont. Ponme con el teniente Pitman... ¿Teniente Pitman...? ¿Recuerda lo que me prometió? Tendría un ascenso si hacía algo sonado... ¡Ya lo hice!

Joe movió el resorte del sillón y éste desapareció con el cadáver.

Delmont seguía hablando.

—Está bien, teniente. Se lo diré... Se trata de un crimen... El muerto se llama Rosson y aquí lo tengo. —Se volvió para señalarlo, pero sólo vio el vacío.

A la otra parte oyó hablar al teniente Pitman.

—Continúe, Delmont.

El agente puso una cara muy triste.

—Espere un momento, teniente. —Dejó el auricular sobre la mesa y gritó—: ¿Dónde metieron al muerto?

—¿De qué habla, agente? —inquirió Joe.

—Del cadáver que estaba hace un momento en el sillón.

—No comprendo, Delmont. ¿Ha dicho un cadáver? Eh, Bill, ¿viste un cadáver por aquí?

—¿Yo...? Oh, no. Yo sólo he visto un vampiro.

—Ah, ¿sí?

—Tenía unos colmillos que le salían por la boca, pero ya se lo dije al agente Delmont y no me creyó.

Delmont cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

—¡Maldita sea! ¡Aquí había un muerto! —Se arrojó al suelo y anduvo a gatas, mirando por debajo de la mesa. Se levantó otra vez —. ¡Me han dejado sin cadáver...! ¡Me han dejado sin cadáver!

Por el receptor se escapaban unas palabras.

—Creo que lo están llamando, Delmont —dijo Joe.

El agente atrapó el auricular.

—¿Teniente...? Sí, estoy aquí... Dejaremos el ascenso para otro momento... Sí, teniente. Tiene usted razón. No me encuentro bien...

Lo llamaré en cuanto pueda. Lo siento, teniente.

Colgó y miró con gesto de ferocidad a los dos amigos.

—¿Qué es lo que se proponen?

—¿Nosotros, agente? —dijo Joe, con su gesto más ingenuo.

—¡Algo se traen entre manos! ¡Están detenidos...! ¡Los llevaré conmigo a la jefatura!

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué nos va a detener?

—Por el crimen.

—¿Qué crimen?

—Por el muerto.

—¿Qué muerto?

Delmont se quedó con la boca abierta y Joe le dio una palmada en la espalda.

—Señor Delmont, no debe preocuparse... Todo está en orden. Fue usted muy amable al llegarse a esta casa... Pero ya ve que Bill y yo nos comportamos como dos honestos ciudadanos.

Delmont hizo un gesto como si fuese a echarse a llorar.

—Mi úlcera me empezó a hacer de las suyas y yo le pedí al jefe que me mandase a un barrio tranquilo y él, por hacerme un favor, me mandó a la avenida Glendale.

—Su jefe hizo muy bien. Éste es un barrio pacífico.

—Hasta que ustedes llegaron —dijo el policía, con voz moribunda.

Joe lo empujó suavemente, sacándolo de la habitación y lo llevó hasta la puerta de la casa.

—Debe tranquilizarse, Delmont. Todo irá como una seda.

Abrió la puerta y el agente salió como un sonámbulo.

Joe lo vio cruzar el jardín y llegar a la calle. Entonces cerró la puerta y regresó a la biblioteca.

Bill se había sentado en otro sillón y señaló la pared.

—¿Qué hacemos con el fiambre?

—Se tendrá que quedar ahí un rato. Es peligroso sacarlo al exterior.

—Tienes razón. Más frío que está, ya no se puede quedar. ¿Sabes lo que te digo? Que es el mejor momento para que empecemos a correr hacia Nueva York. ¡Y no me vuelvas a recordar el millón de dólares! ¡Renuncio a él!

—Sería mejor que te acostases y durmieses.

—¿Acostarme y dormir en este castillo? ¡Ni lo pienses, loe!

En aquel momento sonó de nuevo el carillón.

—Es otra vez el agente Delmont, Joe. Lo ha pensado y ha decidido llevarnos a la comisaría.

—Perderá el tiempo. Déjalo de mi cuenta.

Joe acudió a abrir, pero en el hueco no estaba el agente Delmont, sino una rubia platino sensacional.

CAPÍTULO VIII

—¿SEÑOR HOWARD? —inquirió la hermosa dama.

—Sí, soy yo, desde pequeñito.

—¿Se acuerda de mí, señor Howard? Imagino que habrá visto alguna de mis películas.

—Desde luego. Usted es Diana Warren y he visto más de una vez alguna de sus películas. Sobre todo aquélla en que salía todo el rato con bikini.

Era la segunda esposa de Orson Geller. Podría tener treinta años y estaba en la cumbre de su hermosura. Sus ojos eran verdes, grandes y rasgados, el busto maravilloso, proporcionado a su estrecha cintura y a sus anchas caderas, y poseía unas largas piernas.

—¿Me invita a pasar, señor Howard?

—Desde luego, señorita Warren.

La joven pasó al lado de Joe, dejando tras de sí una estela de perfume.

Joe cerró la puerta.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Warren?

Ella abanicó las pestañas.

—Mucho.

—¿Como qué?

—Es usted muy atractivo.

—Gracias. También es usted muy atractiva.

—Me enteré de que Orson había vendido el castillo a ustedes.

—¿Se lo dijo Brennon?

—Oh, no, no me hablo con Brennon. Ese abogado es repugnante.

Lo leí en el Star de esta noche.

—Entiendo. Hablamos con una periodista. Romy Waring.

—Señor Howard, me alegro mucho de que le vayan las cosas bien a Orson. Aquí, en la colonia cinematográfica, no daban un centavo por la reanudación de su carrera. Y parece que, gracias a usted y a su amigo Lesser, Orson tendrá otra oportunidad.

—Es lo que esperamos todos.

La joven miró hacia la biblioteca.

—Quisiera un *whisky*. ¿Puede ofrecérmelo?

—Desde luego.

Fueron a la biblioteca y Bill miró asombrado a la rubia platino.

—Bill, ésta es Diana Warren, la segunda esposa de Orson Geller.

—¿Cómo está, Bill? —dijo Diana.

—Ahora mucho mejor, agente Delmont.

—¿Cómo ha dicho?

—Oh, perdón. La confundí con alguien.

Joe intervino:

—A Bill le pone un poco nervioso el castillo.

Escanció *whisky* en un vaso y le dio a la joven, quien bebió un trago.

—Quisiera hablar con Orson, Joe.

—No está aquí.

—Pero la periodista sugiere que llegará pronto.

—Es posible.

—¿Cuándo?

—Orson no lo dijo. Puede que venga mañana. O pasado. Orson está haciendo los preparativos para nuestra primera producción. Se ocupa también del guion y todavía no lo ha terminado. Pero si me dice qué quiere de Orson, yo se lo transmitiré.

—¿Dónde está?

—No puedo informarla. Lo siento, me es completamente imposible. Le prometí a Orson que obraría con discreción.

—Pero yo soy su mujer y tengo derecho...

—Perdone, pero usted no es su mujer. Sólo la segunda esposa de la que él se divorció.

La joven se mordió el labio inferior.

Dejó el vaso sobre la mesa. Abrió el bolso y sacó un gran fajo de billetes.

—Le daré todo esto si me dice dónde está Orson.

—No, gracias.

—Son dos mil dólares, señor Howard. ¿Le parece poco?

—Creo que nunca habrá pagado tanto por saber la dirección de una persona. Pero yo soy un hombre que sabe cumplir con su palabra, señorita Warren.

—Yo agregaré algo.

—Hágalo.

—Es usted un tonto.

La joven guardó el dinero en el bolso y se encaminó hacia la puerta.

—Se deja algo, señorita Warren.

—¿El qué? —preguntó ella, con las cejas enarcadas.

—El vampiro.

—No sé de qué me habla.

—¿No puso usted aquí el vampiro?

—No, yo no puse nada.

Joe fue con ella hasta el vestíbulo. Allí, Diana se volvió hacia él, abanicó las pestañas y sus labios esbozaron una sonrisa.

—Creo que no lo he estimado en su verdadero valor, Joe.

—Todo lo contrario. Me dijo que soy muy atractivo.

—No me refería a eso ahora, sino a su plan.

—¿Mi plan?

—Quiere pegársela a Orson. ¿Cómo no me di cuenta? Pero debe jugar conmigo.

—¿A qué?

—Usted lo sabe —contestó la rubia platino, con voz insinuante.

Dio un paso hacia Joe. Le rodeó el cuello con sus brazos y lo besó en la boca. Separó los labios unas pulgadas y murmuró:

—Joe, tú y yo podemos formar un buen equipo.

Lo besó otra vez y Joe recordó aquellas escenas en que Diana Warren había besado a sus oponentes, los más brillantes galanes de Hollywood.

—Joe, ganaremos mucho dinero.

—¿Como cuánto?

—Tú lo sabes.

—Quiero oír la cifra de tus labios.

—Cinco millones.

A pesar de que Joe tenía experiencia, esta vez se estremeció.

—¿Tienes frío, Joe? —dijo ella, y lo besó otra vez.

—Ya entré en calor.

—Todavía no me has contestado, querido.

—Debo pensarlo.

—Estaré en casa. —Le dio un número de teléfono—. Llámame esta misma noche.

—De acuerdo.

—Estaré esperando tu llamada. Pero recuérdalo, Joe. Con nadie vas a ganar tanto como conmigo. —Lo besó para demostrarle lo que iba a ganar y esta vez puso toda su experiencia, porque lo hizo con los labios entreabiertos.

Luego se marchó.

Joe tardó un poco de tiempo en darse cuenta de que ya no tenía entre sus brazos a su hermosa rubia platino.

Volvió a la realidad cuando Bill le habló desde la puerta de la biblioteca:

—Eh, Joe, ¿qué haces ahí?

—Pensando.

—¿En qué?

—En el botín. Es mucho más de lo que habíamos supuesto. Cinco millones.

—¿Has dicho cinco... —Bill tragó saliva— millones?

Joe entró en la biblioteca y su amigo le siguió.

—Sí, Bill. Diana Warren quiso incluirme en su equipo. Primero, tratando de comprarme con dinero, y luego se puso a darme besos.

—Demonios, pudiste compartirlos conmigo. Yo también estoy necesitado.

—Fueron besos interesados, Bill.

—Con esa chica da lo mismo. Uno no puede tenerlo todo.

Joe paseó de un lado a otro de la estancia.

—¿Dónde estarán los cinco millones, Bill?

—Quizá lo sabía Rosson.

—Pero ya no nos puede informar. Hemos de dar con el secreto nosotros mismos sin ayuda de nadie.

—Lástima que no esté aquí Orson. Nos sacaría del apuro.

—Tengo mis dudas.

—¿Quieres decir que Orson no sabía nada?

—Orson estaba lleno de miedo. Era perseguido. A ti te dijo que aquellos tres hombres lo querían vapulear porque les ganó dinero en una partida de dados.

—Sí, eso fue lo que dijo.

—Ahora ya no estoy tan seguro de que te contase la verdad... Aquellos tres hombres pudieron ser pagados por alguien.

—Por el vampiro.

Joe no dijo nada. Seguía paseando. De pronto se detuvo, los ojos fijos en el cuadro de Nerón. Se acercó a él.

—¿A quién se le ocurriría pintar esto?

—Los peliculeros hicieron muchas historias sobre Nerón, ¿verdad, Joe?

—Sí, pero aquí hay algo anormal.

—¿Qué cosa?

—Nerón está contemplando el incendio de Roma. Recita mientras toca la lira.

—Lo recuerdo. Lo vi en la película.

—Al fondo se ven las casas, mansiones de tipo romano, con sus columnas. La pintura se va oscureciendo conforme uno observa hacia la derecha, y de pronto, ¿qué es lo que hay aquí?

Bill ya estaba junto a Joe.

—Un sillón —contestó.

—Eso es lo que yo veo. Un sillón, pero no es de la época romana.

—¡El sillón del muerto!

—No, Bill, no es ese sillón. Lo observé bien mientras viajábamos de un lado a otro. Es otro sillón. Hay que buscarlo en la casa. ¡Rápido, Bill! ¡Tú registrarás por un lado y yo por otro!

—Te dije que no quiero quedarme solo.

—Bill, se trata de cinco millones.

—Me quedo solo.

Salieron de la biblioteca, subieron la escalera y Joe dijo:

—Tú registrarás las habitaciones de la derecha y yo las de la izquierda.

Los dos amigos se separaron.

Joe entró en la primera estancia. Había un par de sillones, pero ninguno de ellos correspondía al que estaba pintado en el incendio de Roma. Pasó a la siguiente habitación, pero no obtuvo mejor

resultado.

Mientras tanto, Bill hacía también su trabajo. No encontró el sillón en el primer dormitorio. Penetró en el segundo. Allí había tres sillones. Observó el primero, el segundo... Y se quedó paralizado al ver el tercero: ¡Era el del cuadro!

Se frotó las manos.

—¡Ya los tengo, cinco millones!

Se acercó al sillón, apretó el brazo de la izquierda porque pensó que también se movería. Pero no ocurrió nada. El sillón continuó inmóvil.

—¿Qué te pasa, silloncito...? ¿Por qué no te mueves?

Tocó el brazo de la derecha.

Tampoco el sillón se deslizó, pero un trozo de la pata giró, produciéndose un hueco.

Bill metió la mano allí y sacó una larga bolsa. Luego sacó otra y, por último, una tercera.

Miró con tristeza las bolsas que había dejado en el suelo. No, allí no había billetes. Abrió el interior de una bolsa y vio un polvo blanco.

Bueno, tendría que decírselo a Joe.

Se volvió y encontróse con una sorpresa, No estaba solo en la habitación. Al fondo había una mujer. Poseía un tipo escultural, y eso lo demostraba bien porque se cubría con jersey y leotardos negros, todo muy ceñido. Tenía la cabellera negra, cortada a lo paje, el rostro bonito, con un mohín picaresco. Pero a Bill no le gustó algo. La pistola que manejaba en la diestra.

CAPÍTULO IX

—HOLA —dijo Bill.

—Si gritas, te meto una bala en la boca, hipopótamo.

—¿Qué quiere?

—Lo que hay en el suelo.

—¿Se refiere a las bolsas?

—Eres un tipo muy listo, hipopótamo.

—Se las daré enseguida. No valen nada, ¿sabe? Joe y yo estábamos buscando otra cosa. A propósito, todavía no sé su nombre.

—Ni falta que te hace. Si estás tratando de ganar tiempo para que llegue tu compañero, te diré lo que pasará. Que os repartiré equitativamente todo el plomo que hay en mi pistola. La mitad para ti y la otra mitad para tu socio.

—No se ponga así, pantera.

—¿Qué es eso de pantera?

—Usted me llamó hipopótamo.

—¡Las bolsas o la vida!

—Ahora mismo le doy las bolsas. Quiero conservar la vida.

Bill se agachó.

La joven no se estuvo quieta. Fue hacia Bill y le golpeó con la pistola en la cabeza.

Bill cayó de bruces y quedó sin conocimiento.

Despertó al cabo de un rato.

Su amigo Joe lo estaba abofeteando.

—Despierta, Bill... Despierta.

—¡La pantera!

—Querrás decir el vampiro.

—No, era ella. Una mujer. Toda de negro, como la pantera.

—Estás delirando.

—Con que estoy delirando. Se llevó lo que encontré en el sillón.

—Sí, ya veo que descubriste el sillón y que tiene una pata hueca.

—Menos mal que se llevó algo que no valía nada.

—¿Qué cosa?

—Harina.

—¿Harina?

—O algo parecido. Era un polvo blanco.

—¿Cuánto había?

—Tres bolsas.

Joe golpeó el puño contra la palma de la otra mano.

—Narcóticos, Bill.

—¿Qué?

—Apuesto a que era heroína y en cantidad por valor de cinco millones de dólares.

—¡No, Joe!

—Sí, Bill... Hemos tenido mala suerte. Nos quedamos sin el botín.

—Todavía tenemos el castillo y lo podemos vender a Hasler por una buena suma.

—Me temo que el castillo sin la droga no le interesa a nadie.

—¿Qué es eso que llevas en la mano, Joe?

—Lo único que encontré. Un álbum de fotografías de Orson. Recuerdos de su carrera de Hollywood... ¿Cómo era la chica, Bill?

—Muy mona.

—¿Edad?

—Veinticinco o veintiséis años. Qué tipazo, Joe.

—Está claro que ella es el supuesto hombre que Delmont vio entrar por la ventana. Estuvo escondida en la casa y nos oyó lo del cuadro. Sólo tuvo que esperar a que descubriésemos el botín.

—Al menos tenemos un consuelo, Joe.

—¿Cuál?

—Que se acabaron los muertos, el vampiro y todo lo demás.

Joe abrió distraídamente el álbum de fotografías de Orson Geller. Había fotografías de su película El pueblerino Lane, de Hoy todos comemos patatas...

Bill gritó, señalando una fotografía:

—¡Es ella...! ¡La pantera!

—¿Estás seguro?

—¡Claro que lo estoy! La vi hace un rato.

—Es Jeanne Picot, la tercera mujer de Orson Geller.

Joe se fue a la mesita de noche y descolgó el teléfono.

—¿Qué haces, Joe?

—Marcar el número del Star. —Esperó a que se estableciese la comunicación y pidió hablar con Romy Waring—. ¿Señorita Waring...? Soy Joe Howard.

—¿Cómo le va, Joe? Ya sabrá que la información salió en la edición de esta tarde.

—Sí, me lo dijo Diana Warren, la segunda mujer de Orson Geller.

—¿La vio?

—Nos hizo una visita de cumplido.

—Tenga cuidado, Joe.

—¿Por qué?

—Es una gata. Dicen que hace estragos entre los hombres.

Joe recordó los besos de Diana y estuvo de acuerdo con la apreciación de la periodista.

—Romy, ya que hablamos de las esposas de Orson Geller, ¿qué me dice de la tercera, de Jeanne Picot?

—Trató de incorporarse al cine de Hollywood y le dieron una oportunidad, pero su película fue un fracaso. La productora que la trajo de Europa canceló su contrato.

—¿Volvió a Francia?

—No, se quedó aquí, esperando otra oportunidad, pero no creo que se la den. Es una ninfómana. Dicen que tiene un libro de direcciones en el que están incluidas sus conquistas, un centenar de hombres.

—¿Cuándo llegó a Hollywood?

—Hace un año.

—Me gustaría conocer su dirección.

—Espere.

Pasaron treinta segundos y Romy habló otra vez por el cable.

—¿Está ahí, Joe?

—Sí.

—La dirección de Jeanne es calle Florida, 431... ¿Por qué quiere verla, Joe?

—Se lo diré más tarde. Gracias por todo, Romy. —Joe colgó—. Vámonos, Bill.

—¿Adónde?

—A visitar a la pantera.

Cuando salían del jardín se dieron de bruces con el agente Delmont.

—¿Adónde van? —inquirió el policía, con suspicacia.

—A pasear. Hace una noche calurosa para estar en casa.

—No dirá lo mismo el muerto.

—¿A qué muerto se refiere, agente?

Delmont apretó los dientes.

—Nadie se la pega al agente Delmont. ¡Nadie! ¿Lo entienden?

—Perdone, agente, pero tenemos prisa. Hasta luego, y vigile nuestro jardín. No nos gusta ser visitados por los ladrones.

Los dos socios se metieron en un taxi y Joe dio al conductor la dirección de Jeanne. Cuando el vehículo ya estaba corriendo, Bill dijo:

—¿Por qué nos metemos otra vez en el lío?

—Todavía no salimos de él. ¿No oíste al agente Delmont? Nos quiere cargar el muerto y sabes que todavía lo tenemos en casa.

Llegaron hasta el número 431 de la calle Florida, y Joe pagó la carrera.

La casa no era una mansión como la de la calle Glendale, sino más sencilla, aunque también tenía su jardín.

Joe tocó el timbre.

Transcurrieron unos segundos y no abrieron. Entonces, hizo girar el tirador y la puerta obedeció a su impulso.

Entraron en el *living*, que estaba con la luz encendida.

Bill lanzó un grito al ver a la mujer que estaba en el suelo, la misma que lo había sorprendido en el castillo. Continuaba cubriéndose con los leotardos y el jersey negro.

—¡Es ella, Joe...! Despiértala y que confiese.

—No puedo despertarla. Está muerta.

—¡Oh, no!

—Le metieron una bala.

—Yo no le veo el agujero.

Joe estaba arrodillado junto a la joven y la volvió ligeramente.

—Le metieron el proyectil en la espalda, Bill. En la espina dorsal.

—¡No vamos a ganar para sustos!

—Lo peor es que no tiene las bolsas de narcóticos. El asesino se las llevó.

—¿Y qué hacemos ahora?

En aquel momento se oyó una voz:

—Yo les diré lo que harán. Venir conmigo a la jefatura.

Era el agente Delmont, cuyos ojos brillaban y sonreía como un loco.

—¡Los pillé con las manos en la masa! ¡Ésa es una mujer muerta!

—¿Qué mujer...? ¿Qué muerta? —dijo Bill, tratando de imitar a Joe.

Delmont hizo rechinar los dientes.

—Esta vez la veo bien y no se la podrán meter en el bolsillo tan fácilmente. ¡Quiero ver a los dos con las manos en la pared...! ¡Rápido! ¡Obedezcan!

Joe y Bill se pusieron de espaldas, las manos apoyadas en la pared, como había ordenado el agente, el cual descolgó el teléfono, marcó y dijo:

—Aquí Delmont... Con el teniente Pitman... ¿Teniente Pitman...? Ahora puede preparar el ascenso... Tengo una muerta... Por favor, dese prisa antes de que la quiten. Fue un homicidio, teniente Pitman, y tengo a los dos hombres que lo hicieron... Calle Florida, 431.

Colgó el receptor y sonrió satisfecho.

—No le darán el ascenso, Delmont —dijo Joe.

—¿Por qué cree que no?

—Esta mujer fue muerta con una pistola.

—No necesita que me lo diga.

—Ni Bill ni yo usamos pistola. Puede registrarnos, si gusta.

—La habrán escondido.

—¿Dónde?

—Ya se lo dirán al teniente Pitman.

—Oiga, Delmont, usted nos siguió.

—Claro que los seguí. Cuando salieron del castillo. Disimulé para que creyesen que me iba a quedar allí. Pero estaba dispuesto a

ir detrás de ustedes hasta el mismo infierno.

—¿Y cuándo oyó el estampido?

—¿Eh?

—Sólo nos dio un minuto de ventaja para entrar en esta casa. Y luego apareció usted. Pero no oyó ningún disparo, a pesar de que debía estar muy cerca. ¿Por qué? Porque nosotros llegamos después del homicidio. El criminal ya se había largado y, naturalmente, se llevó el arma con la que mató a Jeanne Picot.

Poco a poco, el agente iba borrando aquella sonrisa de triunfo, y el brillo de sus ojos se iba apagando.

—Maldita sea. Esta vez no me la pegarán.

—Nadie intenta pegársela, Delmont. Bill y yo queremos cazar al culpable, como usted.

—¡No hay que cazar a nadie! Ustedes son los culpables. Y también mataron al hombre que yo vi muerto en el castillo. Sépanlo de una vez. Sé que no fue una visión mía. El muerto estaba allí, como esta mujer está muerta aquí.

Joe carraspeó.

—Yo no veo ninguna mujer muerta. ¿Y tú, Bill?

—Tampoco, Joe.

El policía miró asombrado el suelo. Allí seguía la joven.

Joe aprovechó aquel instante para saltar sobre Delmont y pegarle un puñetazo en el mentón.

Delmont cayó y se golpeó la cabeza contra la pared, quedando sin sentido.

—¡A correr, Bill!

Bill no necesitaba el consejo porque ya estaba galopando hacia la puerta.

Los dos amigos salieron de la casa mientras escuchaban la sirena de la policía.

—¡Ya están ahí, Joe...! ¡Ya están ahí!

—Vienen por la izquierda. Corre por la derecha.

Bill ya no sabía dónde estaba la izquierda porque corrió justamente en la dirección por donde venía el coche de la policía.

Se dio cuenta y pegó un aullido que enmudeció a la sirena.

Volvió y corrió tras su amigo, que le había sacado mucha ventaja.

CAPÍTULO X

CUANDO estuvieron tres calles más allá, tomaron un taxi.

—Al Camaleón —dijo Joe al conductor.

—¿Por qué al Camaleón? —inquirió Bill.

—Es uno de los clubs de Hasler. Si no está allí, iremos al otro.

—Joe, no quiero seguir con esto. Mi corazón se va a paralizar de un momento a otro.

—No vamos a seguir en esto. Venderemos nuestro castillo a Hasler.

—Promételo.

—Prometido.

—Y luego iremos a Miami.

—Seguro, Bill.

—¿Te lo imaginas, Joe? El sol dorando nuestra piel. Tendidos en hamacas. Bebiendo cubalibres con pajita.

Al llegar a su destino, Joe pagó el importe del viaje.

El anuncio del local era grande, con la figura del animal que Hasler había elegido.

Joe y Bill se detuvieron ante el conserje, un tipo que medía casi dos metros.

—¿Está el señor Hasler? —preguntó Joe.

—¿Para qué lo quiere?

—Represento a los mejores fabricantes de *whisky* del mundo. La Macdonald Company, de Escocia. El señor Hasler nos citó.

—Entró hace un momento. Lo encontrarán en su despacho.

—Gracias.

Joe y Bill bajaron por una escalera.

El salón estaba lleno de clientes con ganas de divertirse. Muchas parejas bailaban en la pista.

—¿Bebemos un *whisky*, Joe? —sugirió Bill.

—Quizá nos invite el señor Hasler y así nos ahorraremos el importe.

La oficina estaba a la izquierda del mostrador y Joe abrió la puerta sin llamar.

En la habitación había dos hombres. Uno estaba sentado tras de una mesa, frisaba los cincuenta años y tenía la cara llena de protuberancias. El otro ocupaba un sillón de cuero y era más joven, con aspecto de italiano.

—No oí que llamasen —dijo el que estaba detrás de la mesa.

—No llamamos, señor Hasler. Soy Joe Howard, y éste es mi socio, Bill Lesser.

Hasler arrugó el ceño.

—¿Son ustedes?

—En carne y hueso.

Hasler se echó a reír.

—Me sorprende, señor Howard.

—¿Por qué?

—Tuve la impresión de que estaba decidido a no vender.

—Es de sabios cambiar de opinión.

—Entonces, ¿vino a eso? ¿A venderme el castillo?

—Sí, Hasler. Por los veinticinco mil dólares.

Hasler negó con la cabeza.

—Demasiado.

—Fue su última oferta.

—Ahora me parece mucho.

—¿Por qué le parece mucho?

—Díselo, Tony.

Tony era el joven sentado en el sillón de cuero.

—Señor Howard —dijo—, ese castillo no vale más de quince mil dólares.

—Entonces no lo vendemos. Vamos, Bill. Perdimos el tiempo.

Bill iba a decir a Joe que vendiese por los quince mil, pero su amigo le dirigió una mirada para que guardase silencio.

Ambos se encaminaron a la puerta.

—Espere, Howard —dijo Hasler.

Joe y Bill se detuvieron.

—Decídase, Hasler, tenemos prisa —habló Joe—. Si usted no compra, sabemos a quién dirigirnos.

—¿A quién?

—Recibimos otra oferta, pero no le diremos el nombre de nuestro cliente.

—¿Y por qué me eligieron a mí?

—Es la mar de sencillo. Usted ofreció más que el otro.

—Correcto, Howard. Pagaré los veinticinco mil.

—Con una condición.

—¿Cuál, Howard?

—La de que se haga la operación ahora mismo.

—¿No le parece precipitado?

—Llame al señor Brennon y que él se ocupe de todo inmediatamente.

Hasler descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Brennon...? Aquí Hasler... Joe Howard y Bill Lesser están en mi despacho del Camaleón... Vinieron a venderme el castillo... Sí, sí, eso es... Veinticinco mil dólares... Joe pone la condición de que se realice la venta ahora mismo... Lo espero aquí en media hora. —Colgó el receptor y miró a Joe—. Trato hecho, Howard.

—Mientras llega Brennon, Bill y yo iremos a beber un trago al bar.

—Como quieran.

Joe salió con Bill y se detuvieron ante el mostrador. Pidieron *whiskys* y Bill dijo:

—Todo saldrá bien.

—Todo ha salido mal.

—¿Por qué dices eso, Joe?

—Hasler nos va a pagar los veinticinco mil dólares. Eso significa que él no tiene la heroína.

—¿Y qué?

—Hasler tampoco ordenó la muerte de Jeanne.

—Joe, lo que nos importa es salir de Hollywood.

—¿Con un crimen a cuestas? ¿Es que ya no recuerdas que dejamos sin conocimiento a Delmont y que la Brigada de Homicidios estaba llegando a la casa de Jeanne cuando salimos? ¿No puedes suponer lo demás?

Bill apuró de un trago el contenido de su vaso. Se atragantó y Joe le palmeó la espalda.

—¡Estamos perdidos, Joe! No podemos esperar a que llegue Brennon. Marchémonos cuanto antes.

—Esperaremos.

—¡La policía nos puede atrapar en cualquier momento!

—Es un riesgo que debemos correr.

—No me gusta correr esa clase de riesgos.

Joe pidió otros dos *whiskys*.

—Bebe y te sentirás mejor, Bill.

—Tendría que beberme el océano Pacífico.

Joe vio cruzar a Brennon hacia el despacho. Tocó con el codo a Bill.

—Vamos, Bill. Ya llegó el abogado.

Fueron otra vez a la oficina de Hasler.

Brennon les dedicó una sonrisa.

—Celebro que haya cambiado de opinión, señor Howard.

—Bill y yo hemos pensado que nos conviene el sol de Florida.

Brennon sacó unos papeles de su portafolios.

—Tengo preparado el contrato. Sólo hay que rellenar el hueco del precio.

—Ponga veinticinco mil dólares —dijo Joe.

—¿Está de acuerdo? —preguntó el abogado.

—Desde luego.

Brennon se sentó ante la mesa y utilizó su estilográfica para poner el precio. Luego le pasó el documento a Hasler.

—Firme a la izquierda.

Hasler sacó su propia estilográfica y firmó.

—Ahora tendrá que firmar usted, señor Lesser.

—Con mil amores —repuso Bill, con entusiasmo—. ¿Me deja la pluma, abogado?

Brennon le dio la estilográfica.

Bill firmó, aunque lo hizo muy despacio porque la escritura no era su fuerte.

—¿Dónde están los veinticinco mil pavos? —inquirió después.

Hasler hizo una señal a Tony y éste abrió una caja de caudales empotrada en la pared. Sacó cinco fajos de billetes que dejó sobre la mesa.

—Los contaré si me lo permiten —dijo Bill.

—Es su tiempo —le contestó Tony—. En cada fajo hay cinco mil, en billetes de a cien.

Joe intervino:

—Bill, déjalo; ya lo contaremos luego.

—Como tú quieras, Joe.

Bill se guardó los fajos en el bolsillo.

En aquel momento sonó el teléfono y Hasler descolgó el auricular.

—¿Sí...? ¿Cómo...? ¿Está seguro? ¿Comprobado...? Bien, era lo que me faltaba saber...

Hasler colgó.

—Que se diviertan —dijo Joe.

—Hasta la vista —dijo Bill.

—Hasta la muerte —les contestó Hasler—. Tony, saca la herramienta.

Tony sacó una pistola de la axila con una rapidez meteórica.

Joe ya tenía la mano en el tirador, pero se quedó quieto.

Bill dijo:

—Larguémonos, Joe. A nosotros no nos interesa el tiro al blanco.

—Tony —habló Hasler, con voz ronca—. Si uno de estos tipos abre la puerta, dispárale a la barriga.

Bill dio un respingo.

—¿Qué le pasa, señor Hasler?

—Ahora van a ver lo que me pasa, tipos listos.

Hasler cogió la escritura de la mesa y la rompió en pedazos.

—Señor Hasler —dijo Bill—, no debe hacer eso. Está rompiendo un castillo.

—Se van a romper aquí otras cosas. Devuélvame el dinero, grandullón.

—¿Cómo dice?

—¡Los veinticinco mil dólares!

—No puedo devolverle los veinticinco mil dólares. Usted compró un castillo. Yo recibí un precio. Lo que se da no se quita.

—¡Dispara, Tony!

Bill gritó:

—¡Aquí tiene el dinero!

Corrió hacia la mesa y dejó los fajos sobre ella. Joe también

caminó hacia Hasler.

—¿Me quiere decir lo que significa esto, Hasler?

—Debí sospechar de usted, Joe.

—¿Por qué tenía que sospechar de mí?

—Ya se lo dije al entrar. Me sorprendió que cambiase de opinión. ¿Por qué? Yo le daré la respuesta. Quería pegármela.

—¿Se incendió el castillo?

—No.

—¿Se derrumbó?

—Tampoco.

—Usted quería un castillo, Hasler, y ya lo tiene. Usted fue el que ofreció veinticinco mil dólares y nosotros aceptamos.

—¡Fuera máscaras, Joe! Acabo de recibir una llamada de uno de mis hombres. Estaba en el castillo. Ordené que hicieran una inspección. Encontraron un sillón con una pata hueca... ¿Quiere que continúe, Joe?

—No, no creo que sea necesario. Usted quería lo que se escondía en el sillón, y no el castillo. Heroína por valor de cinco millones de dólares.

—¿Dónde está la heroína, Joe?

—No lo sé.

—Mala respuesta, Joe. Muy mala.

—¿Qué es lo que piensa?

—Que usted y su amigo consiguieron la heroína.

—No sea ingenuo, Hasler. ¿Cree que si tuviésemos heroína por valor de cinco millones habríamos venido aquí a jugarnos el cuello por veinticinco mil dólares?

Hasler se quedó mudo.

Tony intervino:

—Jefe, deje que le meta una bala en la pata al elefante —señaló a Bill—. Entonces cantará.

—Cantaré nombrando a toda tu familia —exclamó Bill—. No le consiento a nadie que me llame elefante.

Tony le apuntó a las piernas y Bill exclamó:

—¡Te lo consiento!

Hasler dio un manotazo en la mesa.

—Déjalo en paz, Tony. Joe me ha convencido. Ellos no pueden tener la heroína.

—Gracias, señor Hasler —sonrió Joe.

—No tan deprisa, Joe. Pasó algo en el castillo que yo ignoro. Quiero la verdad. Pero no intente colocarme una patraña, o Tony se pondrá a hacer de las suyas. Es mucho dinero el que está en juego. Quiero que se le meta eso en la cabeza antes de que abra la boca para soltar una tontería.

—No le soltaré una tontería.

—Hable entonces.

—Jeanne Picot se llevó la heroína.

—¿Se refiere a la esposa francesa de Orson Geller?

—Sí.

—Muy bien. Ajustaré las cuentas a esa francesita.

—Ya se las ajustaron.

—¿Qué quiere decir?

—Está muerta. Bill y yo fuimos a su casa, pero alguien la había visitado antes que nosotros. Le metieron una bala en la espalda. No había rastro de la heroína.

Y resultó también malo para nosotros. Nos sorprendió la policía.

—Y vinieron aquí a por veinticinco mil dólares para echar a correr.

—Vine para probarlo. Pensé que si usted no compraba el castillo significaba que tenía la heroína y, por tanto, también era el causante de la muerte de Jeanne.

—Muy inteligente.

—Gracias de nuevo.

—Pero con eso yo no gano nada, Joe.

—Quizá el que haya ganado sea Brennon.

El abogado, que llevaba un rato en silencio, alzó el cuello.

—¿Qué quiere decir, Joe? —rezongó.

—Usted está metido en el ajo.

—Claro, soy el abogado de Hasler.

—Es algo más. Estuvo interesado también en el castillo. ¿Por qué nos mandó al decorador Milton Rosson?

Brennon miró con miedo a Hasler. Éste había entornado los ojos y su cara se había convertido en piedra.

—¡Contesta, Brennon!

—Pensé que los nuevos dueños querrían decorar de nuevo el castillo. Milton Rosson me dijo en cierta ocasión que habría cosas

estropeadas, pues hacía muchos años que lo había decorado.

Joe rió.

—¿Está usted conforme con la explicación, señor Hasler?

—No, no lo estoy.

La nuez subió y bajó en la garganta de Brennon.

—Oiga, Hasler, no sé lo que piensa, pero no es verdad.

—¿Y qué es lo que pienso, Brennon?

—Que yo estaba al corriente de la heroína escondida en el castillo. Quizá usted ha imaginado que yo quería apoderarme de ella.

—¿Y no pasó eso, Brennon?

—Claro que no.

Hasler se puso en pie y dio la vuelta a la mesa. De pronto descargó una bofetada en el rostro de Brennon.

Éste no llegó a caer porque Hasler saltó sobre él y lo cogió por las solapas de la chaqueta.

—¡Eres un canalla, Brennon!

—¡No, señor Hasler!

—Has querido jugar por tu cuenta. Quisiste quitarme la heroína. Un buen golpe, ¿eh, Brennon? Cinco millones de dólares. Qué gran oportunidad para ti. ¡Te voy a sacar los dientes...!

—¡No, por favor...! ¡No!

—Habla.

—Sí, señor Hasler. Es cierto. Traté de echar mano a la heroína. Por eso mandé a Milton Rosson al castillo, pero no consiguió nada. Se lo juro.

—Ya no te creo una palabra, Brennon.

Joe intervino:

—Hay una cosa cierta, Hasler.

—¿El qué?

—Que Milton Rosson no consiguió nada, excepto la muerte. Lo trincharon en el castillo.

—¿Y su cadáver? ¿Por qué la policía no intervino?

—Mi amigo Bill y yo nos pasamos un buen rato jugando con el muerto y con un policía y, finalmente, metimos a Rosson en un sitio fresco.

Hasler enseñó los dientes a Brennon, como si fuese a pegarle un mordisco.

—Abogaducho de tres al cuarto. Te enteraste de lo de la heroína por Malden. Tú y él estabais de acuerdo.

—Sí.

—Menudo par de canallas. Perdón, quise referirme a tres canallas. A Malden, a ti y a Orson Geller. Malden me robó la heroína asaltando por su cuenta la lancha en que la traían de Canadá, cuando la iban a desembarcar en Oswego. Malden se enmascaró para no ser descubierto y luego se vino tranquilamente a Hollywood. Guardaría la heroína durante algún tiempo y luego le daría salida en pequeñas porciones en La Araña, su club nocturno. Pero Malden no era lo bastante hombre para guardar la mercancía. Se la dio a Orson y fue ese asqueroso director el que la escondió en un lugar de su castillo... El estúpido de Malden no comprendió una cosa: que Orson lo traicionaría. El director, una vez hubo escondido la heroína, echó a correr. Yo no me di por vencido. Empecé a investigar el primer día del robo y continué investigando para atrapar al hijo de perra que me había limpiado cinco millones de dólares, y de pronto lo supe todo. ¿Por quién? El hilo siempre se rompe por lo más delgado. Todo se puede perder por una mujer.

Hizo una pausa solemne. El abogado Brennon sudaba copiosamente. Hasler se rió en su cara.

—Sí, picapleitos. Fue una mujer la que me lo contó todo. Diana Warren, la que fue segunda esposa de Orson Geller. Diana y el director continuaron la amistad después del divorcio. Pasaban muchas horas juntos y ese puerco de Orson se emborrachaba con frecuencia y se ponía a hablar y a hablar porque le gustaba escucharse a sí mismo. Una noche estaba tan borracho que para que Diana supiese lo grande que él era, le dijo que tenía cinco millones guardados en su casa. Diana tenía amistad conmigo. A ella le gustaba de vez en cuando tomarse una dosis de droga y habíamos sido íntimos amigos durante una buena temporada. Diana ató cabos y, en cuanto llegó a la conclusión, vino a contármelo todo. Inmediatamente di orden de que atrapasen a Orson, pero cuando mis hombres llegaron al castillo, Orson había huido. Se debió dar cuenta del error que había cometido, un error que era su sentencia de muerte, y decidió hacerse humo. A partir de entonces, Orson corrió como una rata... Mandé hombres al castillo, pero no sirvió de nada. Me costó mucho trabajo llegar a Malden. Al principio creí que

Orson había hecho el trabajo solo, pero luego llegué a la conclusión de que algún hijo de perra de la profesión lo había ayudado. Hice cantar a dos de mis hombres que me resultaban sospechosos, pero ninguno de ellos pudo decir una palabra relacionada con el caso... Hasta que hace seis meses recibí un soplo. Un hombre había reñido con Malden... Era Joseph Newton. Sí, señor, el bueno de Newton hizo saltar la tapadera. Entonces atrapé a Malden y me bastó con que se le apretase un poco las clavijas para que me soltase la historia; pero el muy imbécil no sabía dónde estaba la heroína. Orson la había guardado en el castillo, pero Orson no había vuelto a establecer contacto con él. Malden era un trasto inútil, de modo que recibí su merecido. Y tú eras el abogado de Malden, Brennon. Te lo debió confesar todo por si le pasaba algo. ¿Es eso?

—Sí, me dijo que tenía miedo. Vino una tarde a mi despacho. Había arriesgado la piel a cambio de nada porque Orson Geller había escondido la heroína. No tenía la menor idea del escondite. Me dijo que si pudiese hacer dos veces las cosas, nunca habría asaltado la lancha de Oswego.

—El infierno está lleno de arrepentidos.

—Yo no lo traicioné, Hasler. Cuando Malden apareció muerto, supe sin lugar a dudas que usted era el causante del crimen. Y no lo denuncié a la policía.

—Con que ahora resulta que debo darte las gracias, ¿eh, picapleitos?

—No, Hasler, no me las dé.

Hasler le soltó otra bofetada.

—Eres un gusano, abogado, pero sabes usar la inteligencia y mandaste a los nuevos dueños del castillo un decorador. Qué brillante idea. Tú no podías husmear por el castillo, pero Rosson podía poner todo patas arriba con la excusa de hacer una nueva decoración. Primero una visita de inspección, y más tarde entraría allí a saco...

—Pero le salió mal. A Rosson lo liquidaron en la primera visita de inspección.

—¿Quién?

—Yo lo sé —dijo Bill.

—Dígalo, grandote. ¿Quién mató a Rosson?

—Un vampiro.

—¿Cómo ha dicho?

Bill se acercó a la mesa. Tomó dos bolígrafos y se los puso en la boca, uno a la derecha y el otro a la izquierda, luego levantó los brazos y se puso a soplar por entre los dientes, y a moverse por la habitación.

—¡Joe! —gritó Hasler—. ¿Por qué me trajo a un tipo que está como un rebaño de cabras?

—Lo que Bill quiere decirle es que, efectivamente, se trata de un vampiro.

—¡No me hará creer eso ni aunque me duche con agua de un iceberg!

—Yo tampoco creo en los vampiros, Hasler. Pero es verdad que tuvimos uno en el castillo. Quería espantarnos para hacernos salir. Pensé que sería un cómplice de usted puesto que era el interesado en comprarnos nuestra propiedad.

—Yo no uso esos procedimientos.

—Sí, ahora está claro que no.

—Dice usted que Jeanne Picot se llevó las bolsas. Mi pregunta es: ¿Para quién jugaba Jeanne?

—Quizá jugaba sola —contestó Joe.

—Aquí nadie juega solo. ¿Cómo pudo informarse Jeanne del asunto de la droga?

—Tal como están las cosas, pudo ser informada por muchas personas. Esta historia me recuerda la del secreto a voces... Con un poco más de tiempo, se hubiese enterado hasta el comisionado de policía.

—No haga chistes, Joe.

—Ya terminé de hacerlos. Bill y yo nos vamos. Que les aproveche la heroína.

Hasler lanzó una carcajada.

—¿Piensa de verdad que les voy a dejar marchar, Joe?

—Se ha probado que nosotros no tenemos la mercancía que vale para usted cinco millones.

—Pero ustedes acaban de oír todo lo que pasó. Soy contrabandista de narcóticos.

—No se preocupe, no lo denunciaremos.

—Soy el responsable de la muerte de Malden.

—Tampoco se preocupe. La Brigada de Homicidios no lo sabrá

por nosotros.

—No, no me voy a preocupar, Joe. Por una simple razón. Porque ustedes no van a salir vivos de aquí.

Bill abrió la boca y dejó caer los dos bolígrafos que hasta entonces había conservado en la boca.

—Eh, Hasler, no puede matamos.

—¿Por qué no?

—Porque está prohibido.

—Es chistoso su gorila amaestrado, Joe.

—Está llamando demasiadas cosas a mí amigo, Hasler, y eso va contra los derechos humanos.

—Usted es ingenioso, Joe, pero no le va a servir de nada conmigo. Tony, llévatelos al sótano. Que los muchachos se ocupen de ellos.

—De acuerdo, jefe.

—Y llévate también al abogado.

Brennon se hincó de rodillas y cruzó las manos suplicante.

—¡No me mate, Hasler!

Hasler le soltó otra bofetada.

—Levántate, abogado. Conserva el tipo. Perdiste y te corresponde pagar.

Joe sacudió la cabeza.

—Sí, señor Brennon, venga con nosotros al matadero. Hasler quiere darse un baño de sangre.

Hasler gritó:

—Tony, si el abogado no se levanta, métele una bala en sus podridos sesos.

Brennon se levantó como un rayo.

CAPÍTULO XI

LOS tres prisioneros descendieron por una escalera y se encontraron en un sótano.

Tony ya no estaba solo. Le acompañaban otros dos hombres con aspecto de matones.

El abogado lloriqueaba.

—¡No quiero morir...! ¡No quiero morir...! Soy demasiado joven.

—¿Cuántos años tiene, señor Brennon? —le preguntó Bill.

—Cincuenta y seis.

—Entonces no se queje. ¿Qué puedo decir yo, que acabo de cumplir los treinta? Estoy en la flor de la vida. Las mujeres me silban por la calle. ¿Verdad, Joe?

—Sí, Bill, te silban mucho.

Tony y los otros dos matones se habían quedado quietos escuchando la conversación.

Bill puso un brazo en jarras.

—Así me silban, señor Brennon. Yo soy ahora una morena sensacional. Mire qué piernas —se levantó la pernera del pantalón y enseñó una pantorrilla con muchos pelos.

En esa posición echó a andar con un suave contoneo.

Y de pronto se lanzó sobre Tony.

Joe no se estuvo quieto. Saltó sobre los dos matones.

El abogado quiso aprovechar su oportunidad y echó a correr hacia la escalera, pero Tony, al caer empujado por Bill, hizo fuego. La bala chocó contra la espalda del abogado y lo arrojó de bruces al suelo.

Bill pegó un puñetazo entre los dos ojos de Tony y lo dejó sin sentido.

Joe estaba luchando contra dos. A uno lo dejó fuera de combate enseguida golpeándole en la sien. Con el otro rodó, convertidos ambos en una pelota. Joe tenía prisa por acabar y le pegó un testarazo en la boca. El otro cayó hacia atrás desparramando dientes y sangre. Se puso a dar gritos, pero Bill lo silenció propinándole un mazazo en la nuca.

Joe cogió la pistola de Tony.

Bill ya estaba corriendo hacia la escalera, pero se detuvo ante el abogado.

—Joe, Brennon está muerto.

—No debió largarse sin ayudarnos en la pelea. El miedo es el peor consejero para solventar una situación difícil.

—Seguro que la policía nos carga el abogado en nuestra cuenta.

—Lo arreglaremos.

—Desde Alaska, Joe, por favor.

—No perdamos el tiempo. Vamos.

Abrieron la puerta y no se encontraron con nadie. El disparo, al parecer, no había sido escuchado desde fuera debido a la profundidad del sótano y a la solidez de sus paredes.

—No podemos salir por el local o nos descubrirán —dijo Bill.

—Por el otro lado del corredor habrá una salida de emergencia.

Joe no se equivocó.

Salieron a un callejón y se alejaron.

—¿Cómo podremos llegar a Alaska, Joe? Los aeropuertos y los ferrocarriles estarán vigilados por la policía.

—No podemos ir andando.

—No, Joe, creo que se nos hincharían los pies. Tampoco podemos regresar al castillo.

—¿Y adónde vamos? Lo hemos perdido todo. El castillo, los veinticinco mil dólares...

—El castillo sigue siendo tuyo puesto que Hasler rompió el contrato.

—¿De qué nos sirve si nos persigue la policía?

—Nos queda un refugio.

—¿Cuál...? Oh, sí, la cárcel.

—No, Bill. La casa de la señora Clifford. Es nuestra amiga.

—Caramba, es cierto, y ella nos puede aconsejar para salir de esta ciudad y de California.

—Seguro.

Tomaron un taxi y bajaron dos manzanas antes de llegar a casa de la señora Clifford, por si la policía estaba vigilando los alrededores.

No vieron a nadie sospechoso y cruzaron el jardín de la señora Clifford.

Les abrió la señora Clifford, quien les sonrió.

—Adelante, amigos.

—Sentimos molestarla a estas horas, señora Clifford —dijo Joe.

—No se preocupen. Estaba viendo la televisión. Me aburre mucho, pero no tengo otra cosa.

El *living* era muy amplio.

—Pónganse cómodos —dijo la señora Clifford.

Joe y Bill se sentaron en un sofá.

—¿Quieren tomar algo?

—Bueno —dijo Bill con rapidez.

—Entonces les prepararé alguna cosa.

—No tiene que molestarse, señora Clifford —dijo Joe.

—Pero si no es molestia. Recuerde que soy amiga de mis vecinos.

La señora Clifford se marchó a la cocina.

Bill dio un suspiro.

—Es una suerte que haya por el mundo personas como la señora Clifford.

—Sí, Bill, es una suerte.

Joe se levantó y empezó a examinar los cuadros de las paredes.

—¿Qué haces, Joe?

—Me gusta contemplar el arte.

Llegó ante una chimenea sobre la que había un cuadro de Diana Cazadora.

Tocó la repisa y pasó la mano a lo largo de ella.

Bill ya no prestaba atención a su amigo. Por eso no pudo ver lo que pasó en la chimenea. Joe, al tocar uno de los extremos, puso en marcha un mecanismo y la pared del hogar se desplazó.

Joe se agachó y desapareció.

Luego, la pared del hogar volvió a su sitio. De esa forma, Bill

quedó a solas.

—Joe —dijo sin volverse—, te vas a chupar los dedos. La señora Clifford hace una carne estupenda.

No escuchó a su amigo y volvió la cabeza. Se quedó asombrado al no verlo allí.

—¿Dónde estás, Joe?

No recibió respuesta.

La señora Clifford apareció con una gran bandeja y sonriendo.

—Espero que les guste.

Puso la bandeja sobre la mesa y, al levantarse, miró a un lado y a otro.

—¿Dónde está su amigo Joe?

—Se fue.

—¿Adónde?

—A echar una carta.

—No oí que la puerta se cerrase.

—Es que Joe tiene una forma muy delicada de ir de un lado a otro. Caramba, qué buen aspecto tiene ese rosbif, señora Clifford. Pero trajo tres platos y nosotros sólo somos dos.

—Se me olvidó decirles que tengo otro invitado.

—Ah, ¿sí?

—Ahora mismo lo hago pasar.

La señora Clifford se trasladó hacia la puerta del fondo y la abrió. Bill quedó paralizado porque en el hueco vio al vampiro.

—Señor Lesser —dijo la señora Clifford, sin perder la sonrisa—, le presento al primo de Drácula.

Bill pegó un bote en el sofá.

—¡Señora Clifford! No debería tener invitados con esa cara... Es demasiado feo...

—A mí me gusta, Bill.

—¡Pero es un asesino!

—No diga esas cosas, señor Lesser.

El vampiro echó a andar hacia la mesa.

Bill gritó:

—¡Joe...! ¿Dónde estás, Joe?

—No se ponga nervioso, señor Lesser —dijo la señora Clifford.

—¿Quién está nervioso?

—Se libró de mí cuando estuvo aquí comiendo. Yo le había

preparado una dosis de veneno en el café.

—¿Qué?

—Lo que oye, señor Lesser, pero Edward fue el culpable de que usted no recibiese la dosis de veneno.

—¿Edward...? ¿Quién es Edward?

La señora Clifford señaló al vampiro.

—Él es Edward.

—¿Acaso está enamorada de él, señora Clifford? —dijo Bill, por decir algo.

—Sí, es mi amor.

—Está muy mayor para andarse con novios de esta clase. Además, no le conviene casarse con él. Tendría vampiritos. Esta clase de matrimonios no están permitidos en Estados Unidos, señora Clifford.

—Sin embargo, me casaré con él.

—Muy bien. ¡Yo les caso ahora mismo...! Señora Clifford, ¿quiere por esposo a este vampiro tan feo...? Conteste sí o no, pero yo le aconsejo el no.

—Deje de hacer payasadas, señor Lesser. Le ha llegado su última hora.

—¿Por qué?

—Usted y Joe son demasiado listos. Si vinieron aquí, significa que ya saben que tengo la heroína por valor de cinco millones.

—¡No...! ¡No lo sabemos...! ¡Le juro que no lo sabemos!

—No puedo creerle.

—Joe y yo sólo vinimos para que nos echase una mano. Mi socio y yo somos perseguidos por la policía, por los gánsters y también nos persigue su vampiro. Sólo tiene que decirnos por dónde se sale de Hollywood para llegar a Alaska... ¡Palabra que sólo vinimos a eso!

—¡Vinieron a morir...! Edward, es tu turno.

El llamado Edward se quitó un colmillo y luego otro y los arrojó sobre un plato de rosbif.

—Pero qué puerco es usted, Edward —exclamó Bill—. ¿Dónde le enseñaron educación? ¿Sabe que eso no se hace con la comida?

Edward sacó una pistola.

—Tampoco se hace esto —dijo—, pero le voy a meter una bala en donde más le duele: en las tripas.

—¡No...! ¡Usted no puede hacer eso...! ¡Ningún vampiro mata así! Quiero que me muerda el cuello. Tengo derecho.

Edward soltó una risita por entre los dientes que eran suyos.

—No puede elegir, señor Lesser. Y no tiene ningún derecho. Ya enredó bastante.

CAPÍTULO XII

SE produjo un estampido.

Bill se tambaleó.

—¡Me ha matado...! ¡Me ha matado!

Sin embargo, Edward chilló, dejando caer el arma, y se cogió el vientre con las manos.

—Mis tripas... —dijo.

Bill se hizo un lío.

—Eh, señora Clifford, en lugar de dispararme se disparó él mismo. ¿Qué manazas de vampiro se buscó?

La señora Clifford tenía los ojos fijos en la chimenea.

Allí estaba Joe, que había aparecido otra vez por el hueco del hogar.

Bill se volvió y, al ver a su amigo con la pistola en la mano, sonrió.

—Caramba, Joe. Nunca te eché tanto de menos como hace un instante.

—Llegué a tiempo.

Edward se tambaleó.

—¡Maldito! —dijo, y se derrumbó.

La señora Clifford lanzó un chillido.

—¡Edward...! ¡No te mueras...! Ahora no... Lo teníamos todo... Cinco millones...

—Usted no va a tener nada, señora Clifford —dijo Joe.

La actriz del cine mudo había perdido su sonrisa de benevolencia. Sus ojos chispeaban como los de una loca.

—Joe, usted ha matado a este hombre y él me amaba...

—No diga tonterías, señora Clifford. Ese hombre era treinta años más joven que usted. Sólo quería el dinero. Los cinco millones de la heroína.

—¡Me quería...! ¡Me quería! ¡Por él lo hice todo!

—Sospeché de usted, señora Clifford. Por eso vinimos aquí. No quise decirle nada a Bill, por si se iba de la lengua antes de que llegase el último acto.

—¿Por qué sospechó?

—Usted me dio un par de pistas.

—¿Yo?

—En primer lugar, usted era, amiga de sus vecinos, y Orson Geller comió muchas veces aquí. Supe que Orson le daba a la bebida con demasiada frecuencia. Orson era un tipo acabado desde el punto de vista cinematográfico y artístico. Se había convertido en un despojo humano. Usted pudo saber muchas cosas y, naturalmente, entre ellas, lo de la heroína que habían robado entre él y Malden. Orson no estaba en la mejor situación física para guardar un secreto... ¿A quién se le ocurrió construir los pasadizos?

—Orson era muy amigo de los subterráneos, de todo lo que significase misterio. Le gustaba embromar a sus amigos apareciendo y desapareciendo. Le encantaba que creyesen en sus artes mágicas. Dijo muchas veces que era un nuevo Cagliostro. Edward y yo buscamos por todas partes la heroína, pero nunca la encontramos. Tuvieron que ser ustedes los que viniesen aquí para hallarla, pero no podíamos consentir que continuasen en el castillo, y Edward interpretó su papel de vampiro.

—Ésa fue la otra pista que me dio, señora Clifford.

—No lo entiendo.

—Usted dijo que estuvo a punto de hacer el papel femenino en Drácula, pero su agente lo impidió. Según usted, si se hubiese rodado ese filme, habría significado su triunfo en el cine sonoro y, por tanto, habría podido continuar su carrera. Apuesto a que se ha pasado la vida lamentando no haber hecho esa cinta. Y eso fue lo que le hizo influir sobre Edward para que él adoptase su disfraz.

—¡Usted ha matado al pobre Edward!

—Es usted una ingenua, señora Clifford, o mejor diría que está desequilibrada mentalmente. ¿De verdad pensó que Edward iba a compartir con usted los cinco millones?

—¡Los iba a compartir!

—No, él los hubiese compartido con Jeanne.

—¡No!

—Usted mató a Jeanne Picot, señora Clifford.

—Yo estaba en uno de los pasadizos cuando vi que ella se marchaba con la heroína.

—¿La vio?

—Por un agujero. No hice más que seguirla. Llegué a su casa y le metí una bala en la espalda.

—Si le hubiese preguntado a Jeanne, habría sabido muchas cosas, señora Clifford. ¿Por qué cree que Jeanne se metió en el asunto?

—Porque fue la tercera esposa de Orson y también debió ser informada de la existencia de la droga.

—No, señora Clifford. Jeanne no recibió esa información de labios de Orson. Fue Edward.

—¡No!

—Sí, señora Clifford. Fue Edward quien informó a Jeanne y ella llegó en el momento justo para llevarse la mercancía. Luego, Jeanne y Edward se hubiesen reunido para largarse, dejándola a usted para que cuidase sus flores.

Edward se quejaba en el suelo.

Susan Clifford se inclinó sobre él.

—Edward, ¿es verdad?

—Voy a morir... ¿Qué más da que lo sepas...? Yo apuñalé al decorador, Susan... Me iba a ir con Jeanne... ¿Es que no te miraste en el espejo...? ¡Eres una vieja...! He tenido que soportarte mucho tiempo, pero sólo lo hacía por Jeanne y los cinco millones...

Susan Clifford retrocedió como si le hubiesen pegado un mazazo.

Edward dobló la cabeza y expiró.

La señora Clifford se lanzó sobre Joe. Éste habría podido disparar, pero no quiso tener sobre su conciencia la muerte de una mujer. Trató de quitársela de encima, pero no pudo y los dos se derrumbaron.

—¡Ayúdame, Bill! —gritó Joe.

Bill atrapó a la señora Clifford por los brazos.

La pistola que manejaba Joe había ido a parar a dos metros de

ellos.

En ese momento se abrió la puerta y entró en la casa Gordon Hasler, seguido de Tony y de Diana Warren, la hermosa rubia platino.

Hasler y Tony manejaban pistolas.

—Se acabó la función —dijo Hasler.

La señora Clifford había perdido parte de su belicosidad, aunque Bill la seguía sujetando.

Joe se levantó e hizo un saludo con la mano.

—Bienvenidos al lío.

Hasler sonrió triunfalmente.

—Sabía que usted me sacaría las castañas del fuego, Joe.

—Por eso nos dejó escapar del sótano.

—Fue la señal que le hice a Tony. Plomo para el abogado y libertad para ustedes; pero tenía que simular que ustedes se la ganaban a pulso... Debió extrañarse que al salir del sótano no hubiese nadie en el corredor. Yo les estaba esperando en el callejón, metido en mi coche con Diana. Tony se ha reunido con nosotros después de decirle dónde nos encontrábamos.

—Enhorabuena, Hasler. Usted ganó.

—Sólo recuperaré lo que me pertenece.

—Lo malo es que la heroína no está por ninguna parte.

Hasler apuntó con la pistola a Susan.

—Señora Clifford, será mejor que me entregue la heroína. O lo pasará muy mal. Empezaré por quemarle los pies. ¿Le gustaría eso?

Susan Clifford se encogió de hombros.

—Ya nada me importa. Le devolveré la heroína.

—Así se habla.

Susan Clifford se dirigió a un mueble bar. Movié un resorte y uno de los anaqueles con botellas se deslizó, dejando al descubierto un hueco. Allí dentro estaban les tres bolsas.

—Mi heroína —dijo Hasler, y echó a andar hacia el bar.

Tenía los ojos fijos en las bolsas y no le dedicó atención a la señora Clifford, la cual metió la mano por entre las botellas y giró rápidamente. Tenía una pistola en la mano, que disparó inmediatamente.

Hasler retrocedió al recibir los dos impactos en el pecho. También él disparó sobre Susan y la mató en el acto porque ella

recibió la bala en la cara.

Joe se arrojó sobre la pistola que estaba en el suelo. Tony hizo fuego sobre él, pero la bala picoteó en la alfombra.

Joe disparó porque le llegó su turno.

Tony lanzó un rugido, dejando caer el arma y llevándose las manos al cuello, pero no pudo taponar con ellas el enorme boquete que le había aparecido en la nuez.

La hermosa rubia platino estaba tan pálida como una muerta.

—¡No dispare, Joe...! ¡Soy inocente!

El agente Delmont entró en la casa, precediendo a un nutrido grupo de policías.

—¡Que nadie se mueva! —gritó Delmont—. ¡Aquí está la ley!

* * *

Joe besó los labios de Miriam, la secretaria del difunto Brennon, el abogado que se pasó de listo.

—¿Y qué fue de Orson, Joe?

—Acabamos de recibir un telegrama de él.

—Léemelo.

—Dice así: «Informado por la Prensa de todo lo que pasó. Les doy las gracias. Me quitaron un peso de encima. Mi vida durante los últimos meses fue una pesadilla. Regreso a Europa para hacer una película. Espero volver a ser algo de lo que fui. Saludos».

Joe besó otra vez la boca de Miriam.

—No seas abusón, Joe.

—Hay cosas que cuando uno empieza debe acabar.

—¿Y después?

—Después se puede volver a empezar.

—Me refería al matrimonio.

—¿Qué es eso?

—Joe, ¿quieres que te saque los ojos?

—Está bien, nena. Hablaremos de eso.

—Oh. Joe, qué maravilloso eres.

Se volvieron a besar, pero fueron interrumpidos por Bill, que entró en la estancia como un ciclón.

—¡Joe, venid al castillo...! A los de la Metro... Van a hacer una película... Será de terror... ¡Me contrataron, Joe...! Han dicho que tengo madera de actor, que llegaré muy lejos... ¿Te das cuenta...? Las jovencitas seguirán pidiéndome autógrafos... Mi nombre

aparecerá en luces de neón... Entrevistas en la radio, en la televisión...

—¿Qué papel harás? —preguntó Joe.

—El del vampiro —contestó Bill, resplandeciendo de orgullo.

F I N

AVISO

Dada la excepcional acogida dispensada
ininterrumpidamente al más genial de
los autores populares

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en ofrecer a sus miles de
lectores una nueva colección de

ESTEFANIA

el más leído y admirado autor de novelas
del Oeste, cuyo nombre ha llegado a
identificarse con el género que cultiva y
a ser sinónimo de acción directa, de estilo
trepidante, de amenidad, cualidades que
han hecho de él un maestro de la literatura
de acción

En la nueva colección

CENTAURO

el lector hallará las obras que han hecho
de Estefanía un clásico del Western



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España